

**PASATIEMPO**

*MILITAR.*

*MEXICO :*

*EN LA OFICINA DE ARIZPE.*

1811.



**CON SUPERIOR PERMISO.**

*Todo hombre debe esforzarse á contribuir al bien de su pátria: éste convencimiento me ha movido á emplear en hacer los extractos siguientes, el tiempo en que no puedo asistir á su defensa por mi quebrantada salud.*

DEDICATORIA AL EXM<sup>o</sup>. SEÑOR  
DON FRANCISCO XAVIER  
VENEGAS:  
TENIENTE GENERAL  
DE LOS REALES EJERCITOS,  
GOBERNADOR,  
CAPITAN GENERAL,  
Y VIREY DEL REYNO DE N. E.

*U*nido á la division de vanguar-  
dia, que V. E. mandaba quando el

*ejército del centro se retiró desde Tudela á fines del año de 1808, seguí en servicio de la patria á sus inmediatas órdenes, quando el gobierno confió á V. E. el mando del mismo ejército ya en la Mancha, hasta que mi desgracia particular, me obligó á separarme. Un poco mejorado, solicité permiso para venir con V. E. al reyno de Nueva-España, con el fin de recobrar mi salud: en este tiempo he tenido ocasiones de observar, que quien tenga deseos de desempeñar tan grandes encargos como V. E. ha tenido á su cuidado, no lo puede hacer sin aplicación.*

*Esta dándole á V. E. conocimiento de las causas ha hecho que;*

*en este último empleo , el efecto haya sido tan admirable para los que le vemos, que se hará increíble á quienes nos sucedan. La sujecion de la mayor parte de la América septentrional , dominada por los Españoles, ha sido de mayor utilidad que su conquista , hecha por las buenas combinaciones y trabajos de Cortés, en tiempo en que no se conocia este pais; por lo mismo si entonces era tal vez ventajoso adquirirla, ahora era preciso conservarla. Este resultado feliz ha estimulado mis deseos para aplicarme.*

*He leído quantos autores militares he podido conseguir, y hechos los apuntes que he creído mas útiles, pesadas sus razones , y la poe*

*experiencia que tengo, estoy obligado á pedir á V. E. tenga la bondad de permitirme que los honre con su nombre; porque ademas de ser V. E. el modelo que me he propuesto imitar, me ha hecho favores que nunca agradeceré demasiado.*

*Dios conserve la salud de V. E. muchos años. México 2 de diciembre de 1811.=Exmô. Sr.=Basilio Bayon,*

RESPUESTA DE SU EXCELENCIA,

*La relacion que V. S. me hace de sus servicios en la division de vanguardia que estuvo á mi cargo, y que cubrió la retirada del ejército del centro despues de la batalla de Tudela, como los sucesivos en el reunido del centro y Carolina, que*

*mandé baxo las órdenes del capitan general D. Gregorio de la Cuesta ; y la experiencia que tuve con este motivo de las apreciables calidades de V. S. y su zelo por el real servicio ; me hicieron sentir la desgracia que lo pibó de continuarlos, no solo por el particular amistoso aprecio que siempre he hecho de V. S., sino por convencerme de que la continuacion de aquellos hubiera sido de utilidad en la causa de nuestro Soberano, por que estamos contendiendo.*

*Apesar del grave daño que V. S. sufrió en su fatal caida , tengo el gusto de observar el alivio progresivo de sus males, y la esperanza de que completandose aquel, se pondrá*

*V. S. en disposicion de continuar el ejercicio de sus talentos y zelo en la carrera.*

*Prueba de estos presentimientos, que tanto lisonjean mi afecto es la tarea que V. S. ha emprendido y desempeñado provechosamente, haciendo juiciosos extractos de los mejores autores militares, y recopilando las principales y mas acreditadas máximas que pueden conducir á los oficiales estudiosos al exácto y acertado desempeño de sus obligaciones, aun quando se vean ascendidos y empleados en las primeras clases de la profesion.*

*Acepto pues gustoso el obsequio que V. S. se propone hacerme en su dedicacion, por que esta idea hará*

*siempre constar nuestras relaciones  
de carrera , y la amistad y adhe-  
sion que he profesado y profesado á  
V. S. y á sus buenas qualidades.*

*Dios guarde á V. S. muchos años.  
México 4 de diciembre de 1811. =  
Francisco Xavier Venégas.*



## *PROLOGO.*

**Y**a que la nobleza de las ciencias está en razon directa de su utilidad, la de la guerra es de las mas

importantes, por los beneficios que proporciona á la humanidad quando se emplea bien. La guerra es un azote, pero inevitable y útil, como le acompañe la justicia. Si el primero que la reduxo á reglas, hubiera tenido por objeto el fomentar las pasiones de los gobiernos, era un monstruo que convendria haber ahogado al nacer; pero si el fin del que se aplica à su estudio es defender la virtud perseguida, castigar el vicio triunfante, procurar poner límites á la ambicion, ó equilibrar los pretendidos derechos del mas fuerte; debe adorarle la humanidad.

Con estos buenos fines el militar que quiera instruirse, debe estudiar con eficacia durante la paz: en tiempo de guerra se le proporciona la

aplicacion de los principios que ha aprendido: entonces sus ideas se diferencian completamente, practica con discernimiento todos los casos que ha previsto, y aplica sus reglas á todos los que se le ofrecen por primera vez.

La ciencia de la guerra ofrece tantas menudencias, abraza tantas partes, y tiene tantas circunstancias que combinar, que solo la aplicacion continúa, estimulada por el deseo de cumplir con su obligacion; puede proporcionar al militar los adelantos necesarios.

El valor de un general, su capacidad, su golpe de vista pronto y preciso, el conocimiento del terreno, la eleccion que haga de los oficiales que estan á sus órdenes inme-

diatas, su serenidad, y la disciplina que establezca en su ejército, son los principios de que han de dimanar los felices resultados.

Alabo al militar que trabaja para hacerse capaz de mandar; estudiando para mandar, se aprende á obedecer: el honor de mandar, si ensalza al que se hace digno de él, humilla á quien no acierta á desempeñar éste encargo: por lo mismo es de extrañar que haya quien desciendo ascender, descuide el estudio de lo que debe saber. La condecoracion de general seduciría menos, si se atendiese á las calidades que exige, y á las obligaciones que impone. La consideracion sola de que, de la conducta de un general depende la suerte de la patria, y su

concepto debe imponer, aún á quien tenga la mejor opinion de su propia capacidad.

Para estudiar con la aplicacion que recomiendo, he recopilado de los autores militares, los principios aplicables en una batalla, que criticados con la poca experiencia que tengo, me han parecido preferibles. Los lectores muy versados en el arte militar, no hallará utilidad propia en principios que ya conocen ; pero espero se persuadan , que mi objeto no ha sido enseñar, sino solo el aprender yo mismo, del único modo practicable para quien tiene la salud quebrantada, y por esto no está en disposicion de aplicar principios, que si es muy bueno conocer, no hacen mas que disponer

para la práctica, que es el verdadero estudio de un militar.

Suplico á los lectores me disculpen en la falta de método que notarán en estos apuntes, porque como mi intencion, vuelvo á repetir, no ha sido hacerlos para los demas, falta en ellos aquel orden que se debe emplear en quanto se publica.

## CAPITULO UNICO.

**E**L plan de una guerra, ó las marchas, los campamentos, las extratage-  
mas, las sorpresas, y todas las opera-  
ciones de un general en jefe; tienen  
por fin obligar al enemigo á dar ó  
aceptar una batalla en una posicion  
tan desventajosa, que la derrota resul-  
te casi necesariamente. Un general  
debe emplear todas sus luces, conoci-  
mientos, reflexiones, recursos, estu-

(2.)

dios y trabajos en preparar éste gran resultado, para sacar de él el mayor partido, que es forzar al enemigo á que pida la paz.

Dos autores de la antigüedad, Onoxândro, y Vegecio, nos han dado algunos preceptos para ésta grande accion de la guerra. No eran militares; se pueden encontrar, con todo, en sus obras excelentes principios, sacados de tratados escritos por militares contemporaneos suyos.

El general, dice Onoxândro, considerará en sus disposiciones el órden, la especie, y la calidad de las tropas, que debe á oponer las del enemigo, relativamente al carácter moral, al armamento, y á los usos de diversas naciones.

(3.)

No puedo ni aprobar absolutamente, ni vituperar á los que hacen destruir sus retrincheramientos, y que colocan á su ejército de modo que tenga á su espalda un gran río, un terreno escarpado, ó precipicios impracticables, para hacerle necesario vencer, ó morir. Todo lo que se executa con grandes riesgos, se acerca mas á la temeridad, que á la prevision, y el buen resultado depende mas de la fortuna, que del juicio. Quando se quiere adquirir, ó perderlo todo en un momento, ¿como puede atribuirse la victoria á la prudencia, ó la derrota á la resolucion? Enviar algunos soldados á exponer su vida, aprovechandose de su valor; si el resultado no es ventajoso, su pérdi-

da hace pequeño mal : pero de ningún modo es de aprobar, que se intente la fortuna con todo el ejército mal colocado.

Me parece, sobre todo, que se separan de la razón los que dañando poco al enemigo por una victoria, y causando á los suyos gran mal , por una derrota emplean semejantes principios. No obstante, si la pérdida del ejército es inevitable, sin recurrir á estos medios extremos, y si el enemigo pierde mucho con la batalla; apruebo la conducta de los que cierran á los suyos, todos los caminos de huir. En éstas ocasiones dudosas la audacia es preferible: es necesario procurar la salvacion de los propios, intentando destruir al enemigo ; y no esperar en débil in-

(5.)

ccion una pérdida segura.

Es de grandisima utilidad enseñar á los soldados que, no solo en éstas posiciones, en donde no hay evidentemente ninguna salvacion para los fugitivos, sino que en todas las situaciones una muerte cierta persigue á todos los que huyen; que el enemigo los seguirá, y los alcanzará sin obstáculo que le estorbe; mientras que los que se defienden estan mas lejos de perecer. Quando estuviesen bien persuadidos de que una muerte vergonzosa es la parte que toea á los fugitivos, y una llena de gloria á los valientes que se sostienen, y que hay mayor peligro en abandonar su puesto, que en guardarle con firmeza, tendrán mayor ánimo, y más subordinacion en los

(6.)

peligros. Un ejército persuadido de ésta verdad conseguirá una victoria completa, ó no experimentará sino ligeras pérdidas.

El general en jefe durante la acción debe moderar su valor, y aun no exponerse al peligro que le puede ocasionar el enemigo. Qualesquiera que sean los buenos efectos que proporcione su pérdida, su muerte será mas dañosa. La prudencia del jefe obra mas que su fuerza: un soldado vigoroso y valiente puede igualarle, y remplazarle en la pelea; pero, si nó él, ninguno otro proveerá lo que sea mas útil. Si, olvidando que él ha de dirigir los golpes, se pone á darlos con su propia mano, abandona lo mas esencial, y se halla en la imposibilidad de proporcionar los

(7.)

socorros necesarios. Quando aquel de quien depende la salvacion del ejército, hace tan poco caso de ella, que se expone á los mayores peligros, parece que busea su pérdida y la de los suyos, y alcanza mas bien la reputacion de general incapaz, que de hombre valiente. La gloria adquirida por la prudencia y la habilidad, debe bastarle á un general: si es tan falto de conocimientos que se crea menos digno de elogio, si no se expone él mismo al peligro, no es valiente sino temerario. Que haga conocer á sus tropas, que no tiene miedo, para que su firmeza sostenga el valor de ellas; pero que no combata, sino con la precaucion necesaria para su mayor seguridad; que, quando la salvacion del exér-

aito esté aventurada, se disponga á perecer con él, como á conservarse quando haya pasado el peligro.

La muerte del general ha destruido muchas veces las mejores esperanzas: un ejército casi vencido, viendo á sus enemigos sin jefe, reanima su valor, y los hasta entonces vencedores lo pierden, buscando en vano al que los conducía.

La obligación del general en jefe es presentarse á todo su ejército para tranquilizar con su presencia á aquellos á quienes mas el peligro molesta, animar á los valientes con alabanzas, para contener á los tímidos con amenazas, excitar á los lentos, reemplazar á los soldados muertos ó heridos, y si es necesario mudar los regimientos enteros, socor-

(9.)

rer á los mas débiles, y preveer las ocasiones y el resultado,

Conservará un cuerpo escogido, que enviará á socorrer á donde sea necesario, ó para atacar á los enemigos, cansados por el trabajo, y la duracion del combate. Se puede tambien colocar á poca distancia del campo de batalla un cuerpo de tropas, que, con el aviso de haberse empezado la accion, caiga de golpe sobre el enemigo: empleará, sobre todo, el general ésta extratategia, quando espere un socorro, y sepa que los enemigos no lo ignoran: ellos no dexarían de creer que son las tropas auxiliares; y puede ser tomen la fuga antes de empezar el combate: todo peligro inesperado asusta sobremanera: se intimidarian

principalmente , si el refuerzo que sobreviene ataca al ejército enemigo por la espalda, y le quitase hasta la esperanza de huir.

Es importante que las armas sean brillantes , para que su resplandor imponga al enemigo: y, como el temor entra en el alma por todos los sentidos, ha sido algunas veces útil esparcir durante el combate, la falsa noticia de alguna gran ventaja: por exemplo, que una ala del ejército propio es victoriosa, ó que el general enemigo ha muerto.

En la persecucion ó en la retirada mantendrá el general sus tropas en el mejor orden; para que en la una se haga mayor daño al enemigo que huye , y en la otra se experimente menor pérdida , estando al

mismo tiempo ménos expuestas á sorpresa. Algunas veces las tropas derrotadas, viéndose perseguidas por quien lo hace sin órden, se reaniman, se reunen, vuelven á entrar en sus filas, atacan á sus vencedores, y á veces consiguen perseguirlos. La experiencia enseña, que no hay cosa mas segura que conservar cada uno su puesto, ni mas peligrosa que abandonarlo.

Despues de la batalla el general distribuirá á los oficiales y soldados las recompensas á que se hayan hecho acreedores. Antiguamente se usaba dar á las tropas algun alimento antes de una batalla, para que tuviesen mas valor durante la accion, y no les faltasen las fuerzas necesarias para sostener un comba-

te largo y obstinado. Si está cerca el enemigo, y se quiere marchar hácia él para atacarle, es necesario no sacar el ejército de sus atrincheramientos, ó de su campo, ó de alguna plaza en donde esté, sin la precaucion que quite al enemigo la ocasion de batirlo en pequeñas partes, que conseguiria derrotar estando reunido y en buen órden, para evitar lo qual se tomarán medidas, á fin de que el enemigo no llegue antes que esté posesionado todo el ejército del campo de batalla. Quando se adelanta inopinadamente, es preciso diferir la marcha contra él, ó hacerle creer, que no se pensaba en ella; para que engañado por ésta especie de temor que se le demuestra, se aventure á insultar, y á sa-

quear; tambien en éste caso se puede determinar la retirada; entonces, si se nota algun desórden en sus movimientos, se le ataca impetuosamente con las tropas elegidas en el momento mas confiado.

Tambien se debe cuidar de no llevar á la accion tropas fatigadas con marchas largas : el cansancio quita á los soldados gran parte de las fuerzas que les son necesarias para pelear. ¿ Qué se puede esperar de un hombre que llega desalentado al combate? Los antiguos cuidaban de no cometer semejantes faltas ; y, si en los últimos tiempos , algunos generales han despreciado ésta precaucion, han dado exemplos del resultado funesto que ha tenido éste desprecio. La accion es muy desigual

quando pelean soldados cansados ,  
 contra los que no lo estan, ò los que  
 llegan cubiertos de sudor , contra  
 los que esperan sin hacer el menor  
 movimiento.

No se ha de confiar siempre del  
 ardor que demuestran los soldados  
 visos: su falta de experiencia los  
 hace desear el combate que convie-  
 ne evitar , si los veteranos dan  
 muestras de temerle. No obstante ,  
 una arenga del general puede infla-  
 mar el valor de sus tropas : sobre  
 todo, si su discurso influye en ellos  
 tanto , que llegue á persuadirlos ,  
 que facilmente conseguirán la vie-  
 toria: les hará ver la debilidad del  
 enemigo, las faltas que ha cometi-  
 do, las ventajas que ellos han con-  
 seguido contra él, y en fin, todo lo

que puede excitar su aborrecimiento, su cólera, y su indignacion.

El temor á la aproximacion de una batalla, es una sensacion que todos los hombres experimentan, y hace tan fatal impresion en algunos desgraciados, que la presencia del enemigo les turba enteramente el juicio. Hay algunos medios para prevenir estos terrores; por exemplo, antes de comprometerse en una accion, conviene colocar las tropas en parages, desde donde se vea al enemigo, sin que éste pueda obligarlas á combatir; aprovecharse de momentos favorables para executar una empresa, que, sin ser importante, resulten de ella ventajas ciertas, para familiarizarlos con sus usos, y su modo de pelear.

Se vió que los antiguos observaban estos preceptos. Iphicrates se abstuvo de pelear, aunque tenia motivo de esperar buen resultado de la batalla; sus tropas eran mas numerosas que las del enemigo ; pero notó en ellas algunos síntomas de temor. El mismo general, llevando su falange á un combate, vió algunos soldados pálidos y trémulos; al momento publicó un bando, que decia : *que los que hubiesen obrado algo en el campo, podian ir á buscarlo. Todos los tímidos se fueron, y sin esperar á que volviesen: valientes soldados, dixo á los que se quedaron, nos hemos libertado de los cobardes; marchemos al enemigo, y recojamos solos el fruto de nuestro valor.*

Fácito nos conserva un exemplo,

que se debe imitar. Cuenta que Germanico, no fiandose de las adulaciones de sus oficiales, fue solo á su campo para escuchar las conversaciones de sus soldados, supo la estimacion y el amor que le tenian, y la confianza y el ardor que demostraban para atacar à Arminio. *Es necesario, decian unánimemente en la tranquilidad de la noche, y separados de sus tiendas, servirle como nos protege, y sacrificar a su gloria, a la nuestra, y a la venganza, a todos los mal intencionados, y a los perturbadores de la paz.*

Con respecto à los mozos, que llenos de valor desean atacar al enemigo, citaremos la respuesta de Paulo-Emilio à Scipion el menor. Este aconsejó à su general. que ata-

case à la Persia. Pero Paulo-Emilio, viendo que no era aun llegado el tiempo, *joven*, le dixo: *tendria el mismo deseo que tu, si no tuviese mas edad; pero mi experiencia me contiene, y me hace dudar de un resultado, que tu crees cierto:*

Desde las primeras observaciones Vegetio pasa à las que son particularmente applicables à su objeto, y habla de la eleccion del campo de batalla. Un general debe saber que la victoria depende en gran parte del terreno que ocupa con su ejército. Asi, teniendo que dar una batalla, es preciso que del terreno que ocupa su ejército haga resultar el principal medio de vencer. Si las mayores fuerzas del enemigo consisten en caballeria, y las que se le

opongan en infanteria , conviene buscar parages difíciles , y montañosos. Si al contrario , el general funda en la caballeria su mayor esperanza contra la infanteria enemiga, elegira un parage , que no solo sea llano , sino descubierto , sin bosques ni lagunas.

Tres cosas, dice Vegecio, se deben tener presentes al formar un ejército para batirse, que son, el sol, el polvo, y el viento. El sol deslumbra quando da de cara, el viento contrario perjudica a quien le da de frente, y favorece al que lo recibe por la espalda: el polvo ofende á la vista. Estos inconvenientes los pueden evitar los generales menos hábiles: los que no descuidan nada, no se preparan en el momento presente, tie-

nen prevision y hacen de modo , que el sol no les incomode en sus movimientos, y que los vientos que soplan ordinariamente a ciertas horas, no les sean contrarios durante la accion.

Un general cuidadoso debe hacer observaciones que le hagan fallar con seguridad de la operacion de algunos cuerpos suyos, contra otros del enemigo: yo no sé por qué razon secreta, que la creo algo superior a nuestra inteligencia, hay tropas que pelean con mayor esfuerzo contra ciertos cuerpos ; y por qué ascendiente los mejores regimientos son batidos , algunas veces , por tropas muy inferiores.

Vegecio habla tambien de las reservas; es un método excelente, di-

ec, y que contribuye mucho al buen resultado de las acciones tener cuerpos escogidos, mandados por generales que no esten empleados en las lineas. Estas reservas se colocan detras del centro y de las alas, con destino a marchar con viveza a los parages en que el enemigo haga mayores esfuerzos, para impedir que rompa el ejército en ninguno de ellos, para sostener los cuerpos, que no tienen bastante fuerza para resistir, y para reprimir en todos puntos la impetuosidad del enemigo.

La invencion de las reservas se atribuye á los lacedemonios. Los cartagineses los imitaron; los romanos las adoptaron despues, y las emplearon siempre. En efecto, no hay

mejor disposicion. El cuerpo de batalla debe tener por objeto resistir al ataque del enemigo, ó derrotarle ; si es necesario al buen resultado de la accion dar formas particulares á algunos cuerpos, se debe echar mano para ello de las tropas de reserva, porque si se varian de la forma regular las tropas de línea, se confunden inevitablemente. Si á algun cuerpo destacado de los enemigos, que ataca parte del ejército, no se le puede oponer otro semejante, sino sacándolo del cuerpo de batalla ; queriendo socorrer una parte de la línea, se desguarnecerá otra, exponiendo el todo á mayor peligro. Conviene también, si se manda un ejército poco numeroso, preferir á la extension de su frente,

una reserva considerable, y tener siempre hácia el centro un cuerpo de infantería escogida, con el qual se pueda formar una columna cerrada, que ataque vivamente al enemigo; y hácia las alas cuerpos de caballería, sostenidos por pelotones de infantería ligera, para intentar envolver las del enemigo.

Vegecio, continuando en señalar los principios generales de las batallas, indica los puestos de los generales: el general en gefe dice, se coloca ordinariamente entre la caballería y la infantería, desde donde pueda con mayor facilidad mandar a todo su ejército, dirigirse á todos los puntos precisos, y animar á ámbas armas con su presencia: su objeto principal debe ser, envolver,

(24.)

si es posible, el ala de los enemigos, que le está opuesta, y para esto debe emplear infanteria y caballeria ligera.

El segundo general debe estar en el centro de la infanteria, para animarla y sostenerla: conviene que tenga cerca de sí, un cuerpo escogido, con el objeto tambien de formarle en columna cerrada, y romper al ejército enemigo por su centro.

El tercero debe estar en el ala izquierda: será como los demas, valiente y prudente. Tendra un buen cuerpo de caballeria y otro de infanteria ligera, sin otro destino que el que sus órdenes le den; los quales aumentaran la extension del ala que manda, para que el enemigo no tenga facilidad de envolverla.

(25.)

No se debe dar el grito de *a ellos*, hasta que los dos exércitos se acerquen. Es una señal de inexperiencia ó de poco valor, gritar de lejos. Además, se aumenta el terror del enemigo, quando oye los gritos al mismo tiempo que le hieren las armas.

Siempre es ventajoso ponerse él primero en batalla: la confianza del exército propio se aumenta, y la del enemigo se disminuye. Se les tiene siempre por mas fuertes á los que presentan resueltamente la batalla; no es extraño que se aumente el terror, quando se vé á una línea enemiga moverse, y marchar en buen órden. Se saca tambien una ventaja considerable, estando el primero en disposicion de combatir: se

puede caer sobre el enemigo antes que se forme: durante los movimientos que tiene que hacer; introduciendo así confusión en sus tropas. En una palabra, con sembrar el terror y el desorden en las líneas enemigas, se tiene mucho adelantado para la victoria.

Una de las primeras atenciones que debe tener el general, es evitar que le envuelvan alguna de las alas. Si sucede esto, el único remedio es replegar el ala envuelta; de manera que, haciendo frente, frustre la intención de los enemigos, que es atacarla por la espalda. Se cuidará de colocar en el ángulo, que es preciso hacer en ésta conversión retrogada, las mejores tropas; porque hácia este parage será el mayor empuje de

los enemigos.

De todas las acciones de la guerra, segun Enrique, duque de Rohan, la mas importante es dar, ó recibir una batalla. La victoria de uno de los dos partidos produce la adquisicion, ó la pérdida de imperios enteros. Antiguamente las guerras se decidian por batallas; esto hacia las conquistas tan prontas: ahora se hace la guerra, mas con la astucia de las raposas, que con la fuerza de los leones. Todavía hay, ne obstante, algunas naciones, como la de los turcos, y los persas, que deciden la mayor parte de sus guerras por batallas: y aun entre los cristianos hemos visto, hace poco, darse batallas considerables. Un ejército bien disciplinado, y que no rehusa la bata-

lla, tiene una grandísima ventaja en todos sus pasos contra el que la teme: esta es la razón, por qué, aunque en el modo de pelear de ahora no se aventuran batallas con tanta frecuencia como antiguamente, conviene no descuidar su ciencia. A un general no se le puede llamar buen capitán, mientras no sepa quales y quantas sean las ventajas que puede conseguir, y las desgracias que puede evitar, manejandose bien en un dia de batalla.

El que se pone á dar ó recibir una batalla debe atender principalmente á siete cosas. La primera, no ir forzado al combate. La segunda, escoger un campo de batalla, propio para la calidad y el número de la gente que emplea. Porque si te-

me ser envuelto por el gran número, debe cubrir sus flancos, ó á lo menos uno de ellos, por la naturaleza del terreno : si es débil en caballeria, conviene que huya de los llanos, como tambien de los parages estrechos , si es bastante fuerte en esta arma. La tercera colocar su ejército en batalla, de suerte que, segun la calidad de sus tropas , sea cubierta su infanteria por su caballeria, si aquella es mas débil ; y al contrario , si su infanteria es mas respetable, disponer todos los hombres de armas de tal modo , que puedan batirse varias veces antes de ser derrotados. Si ha habido en nuestros dias varias batallas, ganadas por quien tenia tropas de reserva, y que llegaban á la accion des-

pues que todas las demas se habian batido ; quanta mayor ventaja sacaremos de un segundo órden de batalla, que llegue al ataque, despues que todo el exército enemigo haya peleado contra el primero ; y aun quanta mayor de un tercero, á imitacion de los romanos, por si quedasen derrotados los dos primeros! Es una máxíma cierta, que es tan facil desordenar toda tropa que ha peleado, qualquiera que sea su número, que, por pequeña que sea la que le cargue de nuevo, ésta conseguirá derrotarla: por ésta razon el gefe de exército que puede conservar algunas tropas, sin que hayan llegado à las manos, y las emplea en tiempo oportuno , debe ganar con ellas la victoria. Es operacion muy

lenta y difícil ordenar un ejército derrotado, y ponerle en estado de que pueda volver á pelear: y así es buen general, el que hasta éste momento se maneje con acierto. La quarta, emplear muchos buenos oficiales; pues es imposible que un general en jefe pueda acudir en persona à todas partes. Despues de elegido el campo de batalla, y colocado el ejército en buen órden, las disposiciones del general no se pueden extender fuera del parage que ocupa: aun quando él hiciese maravillas en donde se haya colocado, no puede responder de las faltas que la ignorancia de los otros jefes cometa, si mandan en distintos puntos de su ejército. En este supuesto, debe haber cinco oficiales principales,

para mandar en un ejército; tres, para los tres cuerpos de infantería, distinguidos por vanguardia, batalla y retaguardia, y dos para la caballería que está en los costados. La quinta cuidar que el orden de batalla derrotado en la primera línea, no se arroge con fuerza sobre la segunda; de modo que pueda desordenarla; ni ésta sobre la tercera, en caso de sufrir la desgraciada suerte que la primera línea. La sexta, poner los cuerpos mas fuertes en los costados del ejército, y empezar la acción por el lado en que se tenga mayor confianza; porque si se rompe una de las alas del enemigo, se le enfla, ó se le toma por la espalda; y en éste caso es imposible que pueda resistir. La séptima y última

es, no permitir la persecucion y el pillage, antes de que el enemigo sea derrotado en todas partes; y aunque sea excelente perseguirle con mucho calor; para esto se necesitan tropas que se mantengan en órden, y que no se entreguen á la rapiña; pues asi se evitan los inconvenientes que podrian resultar.

Montecuculi ha establecido como el anterior, principios generales; pero con mas extension, órden, y método. Es preciso leer, repetir, estudiar, y conservar con cuidado lo que los hombres grandes han escrito. Veamos lo que Montecuculi ha dicho aplicable á las batallas. Conviene considerar, dice, lo que precede al combate, lo que pasa mientras dura, y lo que se le sigue. En

quanto á lo que precede le conviene:

I. ° , invocar al Dios de los exércitos : II , reunir quantas fuerzas se puedan : III , exâminar las ventajas del terreno, el viento, y el sol ; escoger campo de batalla, proporcionado á la especie de tropas que se emplean en él : IV , anticiparse en sus medidas al enemigo: V , animar á los soldados : el valor se les debe inspirar por los sentidos; el vestido y las arengas del general influirán mucho en ellos; que les ponga á la vista la victoria, el deber, la necesidad, la gloria, el botin, las recompensas, el fin de las fatigas, restableciendo algunas veces sus fuerzas, haciendoles dar de beber moderadamente, fingiendo el presagio de un sueño dichoso, de

una revelacion, ú otra cosa semejante: VI, distribuir las municiones; VII, formar el órden de batalla, colocando cada arma en parage en donde pueda obrar ventajosamente; y de éste modo procurar batir al enemigo por el frente y flanco. El que manda debe tener à su disposicion tropas de toda arma, para emplearlas segun convenga, sin tener que desmembrar los cuerpos, aunque varie la posicion el enemigo, y resulten accidentes imprevistos. El general debe distinguirse por alguna señal que se vea de muy lejos. Debe reunir, y entremezclar la infanteria, la caballeria, y la artilleria; de modo que se socorran mutuamente, y que el enemigo no pueda envolver cuer-

po ninguno, sin experimentar el fuego de los otros, ni atacar la infantería, sin tener que resistir el choque de la caballería.

En el orden de batalla modernamente seguido, en el que toda la infantería se pone ordinariamente en el centro, y la caballería en los flancos, ¿qué socorros pueden tener estos dos cuerpos el uno del otro? Es evidente que, siendo batidas las alas, la infantería que queda abandonada con los flancos descubiertos, no dexará de ser derrotada, como sucedió á los batallones suecos en Nordlinghen el año de 1632: los suecos vieron la falta que cometieron, quando su caballería fué echada del campo de batalla; para remediarla, pusieron pequeñas porciones

de infanteria y algunas piezas de artilleria entre los esquadrones; pero no fué esto remedio suficiente; porque siendo derrotados los esquadrones, era preciso que la infanteria fuese pasada á cuchillo, como experimentaron en otra batalla, no teniendo á su lado quien la sostuviese. ¿Cómo podian recibir socorro de su infanteria que se hallaba tan lejos de ellos? Pero poniendo el orden en la union que acabamos de decir, es cierto, que no se puede envolver parte alguna, sin que la que ataca sufra primero las descargas de la artilleria, despues las de fusileria, y ultimamente las de pistola. En fin está obligado el enemigo á resistir á un mismo tiempo el ataque combinado de las bayo-

netas y de los caballos: no hay semejante ventaja, quando se separan estas armas: VIII, disponer las tropas de modo, que puedan pelear muchas veces; porque así como en el ajedrez el que tiene mas piezas gana el juego, del mismo modo en una batalla, el que conserva mas regimientos enteros, obtiene la victoria. Conviene colocar el ejército en tres líneas, siendo la primera la mas fuerte, porque tiene que resistir á los ataques mas fuertes; la segunda un poco mas débil, y la tercera compuesta solo de algunas reservas: IX, asegurar los flancos del ejército por medio de la situación de un bosque, de un rio, de un precipicio, de un lugar que le flanquee, y en que se apoye el ejército

como en un baluarte: y, si no se encuentran éstas defensas, puede suplirlas el arte, cubriéndose con trincheras, carres, cadenas, cuerdas, estacadas, ó cortas de árboles: x, poner todas las tropas de modo, que puedan socorrerse sin confusion, y que las que sean derrotadas no se arrojen en desòrden sobre las de segunda línea: para este efecto se deben poner las reservas detras de la infanteria, en el centro, y detras de los flancos, á espaldas de una colina, ó un bosque, ó enfrente de los intervalos para socorrer á las primeras líneas, atacar al enemigo, volver á su lugar, y ponerse de nuevo en órden, sin incomodar á las demas tropas: xi, que la caballeria ligera sea en pequeño número, y es-

te en tal parage, que. si es derrotada, no pueda al retirarse causar desórden ni confusion: XII, que los intervalos sean proporcionados á los esquadrones y batallones; pero no tan anchos, que le dexen al enemigo la posibilidad de venir con un gran frente, y derrotarlos: en éste caso las reservas se verian en la precision de acudir á llenar los vacios; entonces se alteraria el órden, y verdaderamente no quedaria mas que una línea en el ejército: XIII, que la distancia entre los dos cuerpos de batalla, ó primera y segunda línea, sea de dōscientos pasos con poca diferencia, y de la segunda á las de reservas de trescientos: XIV, extender el frente todo lo que se pueda, con arreglo á los principios.

que se han asentado arriba; á fin de no ser flanqueado por el enemigo, y poderle flanquear si tiene su frente demasiado estrecho. Estos principios hacen conocer que disminuyendo el fondo, no se pueden sacar los socorros necesarios, y que se arriesga todo en un solo frente. Quando una ala está bastante asegurada por la clase del terreno, se debe colocar la caballeria en la otra: xv, distribuir los oficiales generales en los costados, en el cuerpo de batalla, en las reservas, y á retaguardia del ejército: xvi, tener partidas de infanteria colocadas en los flancos de cada esquadron; pero que su retirada sea corta, ó bien que sean de dragones, para que puedan salvarse si la caballeria cede: xvii,

apostar algunos buenos tiradores con destino á matar al general contrario; ó que pareciendo que desertan, ataquen al enemigo por la espalda, en lo caliente de la pelea : XVIII, hacer creer en lo mas vivo de la accion que ha ocurrido un suceso favorable : XIX, quitar, quando convenga, al soldado la esperanza de retirarse, y llevarle á un parage donde sea preciso vencer, ó morir: XX, cuidar de que á retaguardia de los batallones haya religiosos y cirujanos para consolar y vendar á los heridos: XXI, componer los esquadrones de ciento cincuenta á doscientos hombres, á tres de fondo, y los batallones de mil á mil y quinientos infantes, á seis: XXII, poner la artilleria gruesa entre la infanteria, en

el medio, y á los flancos; y la ligera con la caballeria: tambien es preciso colocarla sobre las alturas que dominan al ejército, sea por vanguardia, ò retaguardia; pues en éste último caso hará fuego por encima de los suyos. La artilleria debe colocarse de modo, que no impida la marcha, ni las descargas de la infanteria; y quando el campo esté lleno de piedras, sus tiros deben ser mas bien cortos, que largos, para que, dando la bala sobre ellas, salten éstas contra el enemigo: XXIII, que los esquadrones destinados para socorrer y sostener, esten ventajosamente situados: XXIV, formar un pequeño plan del órden del ejército en el terreno en donde se ha de dar la batalla, y repartir á los oficiales

principales la parte en que les toca mandar: xxv, colocar los carros de municiones detras de alguna altura, ú otro lugar seguro; y distribuirlos en muchos parages, para no perderlo todo por una sola desgracia, cubrirlos con pieles, y, para mayor seguridad, hacer fosos en el sitio elegido para custodiarlos: xxvi, encerrar el bagage en un recinto de carros á la espalda del ejército, y con guardia, ó ponerle en alguna eminencia poco separada, despues de haber hecho un foso al rededor, y haber puesto guardias; ó bien dexarle detras en las plazas mas vecinas, para quitar á los soldados la ocasion de robarle y desertar en él.

En quanto á lo que pasa mientras dura la accion, para que el resulta-

do sea ventajoso, es preciso observar los principios siguientes: I. °, anticiparse en sus medidas al enemigo, y atacarle antes que esté en batalla: II, á los prisioneros que se cojan al principio, hacerles separadamente, y aun con amenazas, las preguntas que convienen, para tener seguro conocimiento del estado del enemigo, y de todas las circunstancias: III, tomar posesion de los parages mas ventajosos, como las eminencias, los pasos estrechos, las calzadas, á fin de cerrar al enemigo las avenidas, y asegurar sus flancos y su retaguardia: IV, hacer descargas de artilleria luego que esté ésta á distancia conveniente, colocando cañones unos detras de otros sobre la cuesta de un parage elevado; no

detenerse baxo la artilleria enemiga, y al contrario, atacarla luego que empiece á hacer fuego: v, empezar la batalla por el lado en donde esten las mejores tropas, y divertir al enemigo con el mas débil, ó marchando mas despacio, ó sirviendose de las ventajas del terreno: vi, combatir valerosamente, marchar al enemigo, si el terreno es igual, para dar ánimo á los suyos; pero esperarle á pie firme, quando se llegue á buena posicion, y el cañon ofenda á los contrarios: vii, mantener exâctamente las distancias que se han mandado guardar, que no sean tan cortas que impidan los movimientos, ni tan largas que den entrada facil al enemigo: viii, socorrer en la ocasion á los que se ha-

yan cansado, y darles tiempo para que tomen aliento: IX, hacer solamente las evoluciones necesarias, y no dar orden para que vengan reservas, sino en un caso preciso, dexando siempre algun punto de apoyo. en donde las tropas derrotadas puedan juntarse; no obstante se debe acudir pronto con los cuerpos de reserva á los parages en donde haya necesidad de socorro; hacer salidas imprevistas, para envolver al enemigo quando se le vea conmovido por qualquier accidente que prometa ventajas. Sostener á las tropas que ceden, reunirias y volverlas á llevar al ataque; pero con la consideracion de no precipitar demasiado á las que esten muy abatidas, darles tiempo para respirar, y para

que se animen: x, hacer fuego continuamente, no todos de una vez, sino los unos despues de los otros por intervalos; para que los primeros hayan vuelto á cargar, quando los últimos hagan fuego, con lo que se conseguirá que haya siempre proyectiles en el ayre: xi, no separarse demasiado del cuerpo de batalla, persiguiendo al enemigo: no permitir que los soldados se desordenen, ni se detengan á coger el botin, hasta ser dueño absoluto del campo de batalla. El que persigue inconsideradamente con tropas desordenadas, quiere dar al enemigo la victoria que habia conseguido.

Los vitelianos , habiendose adelantado temerariamente al ver á Celso retirarse poco á poco, se metie-

ron en una emboscada: las cohortes legionarias los atacaron por el flanco, y la caballeria les tomó de repente la espalda.

Cesar encargó á sus oficiales, que contuviesen sus tropas, temiendo que el ardor de la pelea, ó la esperanza del botin las llevase mas allá de lo que él queria: XII, envolver por el flanco á los enemigos con tropas enviadas para éste efecto, que entren en sus intervalos, y derrotados tomar por la espalda á los que se mantienen firmes: XIII, no emplear jamas una tropa sino en el destino que se la tiene dado para evitar la confusion: XIV, causar el lado mas fuerte del enemigo, para conseguir derrotarle, atacandole con otro lado fuerte y fresco: xv, empo-

zar el ataque por la noche, si se ha de pelear con mayores fuerzas, ó si se ha de entrar en un campo, en donde los enemigos no lo esperan. De noche hay ocasiones de asechanzas y emboscadas. Es verdad que cubre indistintamente las acciones débiles y las animosas : de noche el valor no tiene el estímulo del honor, ni el temor de la infamia ò del castigo contiene á la debilidad; pero, con todo, conviene aprovecharla: XVI, hacer pocos prisioneros para evitar su custodia, y poner con separacion á los que se hagan : XVII, cubrir con tropas una laguna ó un feso, y, quando el enemigo se adelante, fingir retirarse por ciertos pasos hechos á proposito, y hacerle caer como en una red; quando se conoce que ven-

drá á atacar con furia algun parage; tenerle preparadas emboscadas con carros cargados de fuegos artificiales, y usar de otras extratagemas semejantes: XVIII, informar al general en gefo de todo lo que pase: éste debe estar en parage desde donde vea lo mas que se pueda, para enviar socorros á donde se necesiten, aprovecharse de las ventajas, pesar el bien ó el mal, si una parte vence y otra cede; proseguir la victoria, y socorrer á las tropas batidas, quando la derrota de éstas es mayor que la victoria de las vencedoras: XIX, seguir al enemigo derrotado con caballeria ligera, y las tropas enviadas á atacarle, sin dexarle tiempo para que se vuelva á ordenar; y al contrario quando se ha perdido la esperanza

de ganar la victoria, retirarse del mejor modo posible.

En tercer lugar veamos lo que conviene hacer en las consecuencias de la batalla que se gana ó se pierde: 1. °, quando se ha vencido, dar gracias á Dios, enterrar á los muertos, publicar la victoria, y perseguir al enemigo; atacar con viveza el resto del ejército derrotado, no dexarle el tiempo que necesita para reunirse, esparcir el terror por el pais, emplear las amenazas y la fuerza, sublevar á los pueblos, solicitar nuevos aliados, corromper á los amigos del contrario; pues mientras que los deseos de novedad obran en ellos, el respeto á las autoridades no existe, y se desprecia á los magistrados. Despues de la derro-

tá de Canas, los aliados que quedaron fieles empezaron á titubear, por que desesperaban de la salvacion de la república. Los cartagineses vencidos fueron abandonados por los Numidas. Apries, derrotado por los Cireneos, fué desobedecido por sus propios vasallos: esto demuestra que todo les sale mal á los vencidos; al mismo tiempo que todo favorece á los vencedores. Adquirir plazas, establecerse y fortificarse en ellas, dividir su ejército para intentar á un mismo tiempo muchas empresas, no causar males en las provincias, cuya propiedad se quiere conservar, ó quando se quiera establecer en ellas quarteles: II, en la derrota no perder el ánimo, reunir el ejército que está desordenado, armar á los habi-

tantes del país, hacer nuevas levás, asegurarse en parages fuertes, guarnecer los pasos precisos y las plazas, cortar los bosques, y los puentes, inundar los campos, recurrir á las fuerzas auxiliares, cuidar de que las propias sean superiores; porque si no, son casi tan peligrosos como los enemigos, inconstantes, infieles, y despreciadores: III, en la retirada reunir sus tropas en el campo de batalla, ó en un parage el mas inmediato para resistir al enemigo, que enviará sin duda cuerpos pequeños que vayan en su persecucion, y tener cuidado de meterse en la plaza mas considerable, y mas cercana, llevar consigo la mejor parte de sus bagages, y quemar la que se abandona, enviar adelante tropas para

preparar, componer, y ocupar los pasos que deba pasar el ejército; luego que se haya pasado un desfiladero, guarnecerle, defenderle, y aun atrincherarle; si hay algún bosque, cortarle, sacrificar una pequeña parte de tropas para salvar las demas, dividir al ejército en quatro ó cinco cuerpos que se retiren por diferentes caminos, atacar decididamente las partidas enemigas que se adelanten separándose del cuerpo principal; preparar emboscadas; marchar en columna con retaguardia que pueda contener al enemigo; y no poner el ejército en batalla quando no obligue la necesidad á pelear con todo él.

Pasemos ahora á los preceptos que nos ha dexado el marqués de

Fenquieres. Las batallas, dice, siendo acciones generales de un ejército contra otro, deciden muchas veces del éxito de la guerra, y casi siempre del de la campaña; no deben verificarse sino por razones importantes. Estando aprobada la razón de combatir, es necesario pasar á los medios de ejecutarlo con buen resultado. De estos medios los unos son de prevision, los otros solo se encuentran en el dia de la batalla, y son, no obstante, los que deciden del resultado.

Los medios de vencer, que consisten en la prevision son: establecer el órden de batalla, segun la cantidad y calidad de las tropas que componen el ejército, y el sitio en que se presume encontrar al enemi-

go, señalar puestos á los oficiales generales; entregar copias del órden de batalla á todos aquellos que necesariamente deben tenerlas para hacerle observar; armar bien á todos los soldados, y aun tener un repuesto de armas en el parque de artilleria para distribuir las antes del combate, si hay algunas de menos, ó despues de él, pues muchas se inutilizan ó se pierden en la accion; y quando ésta no se termine con prontitud, prevenir abundancia de municiones de guerra en carros, para encontrarlas detras de las tropas que tuviesen que emplear mayor cantidad de ellas; distribuir antes del combate el número competente de cartuchos; que el ejército haya comido, y, si es posible, des-

ensado algun tiempo antes de la accion; tener prontos bastantes medicamentos y cirujanos; desembarazarse de todos los bagages y asegurarlos en un parage algo distante de las líneas; no descuidar las ventajas que ofrecen el sol, y el polvo; inspirar al ejército la seguridad de la victoria, el deseo del botin, y la esperanza de la recompensa á los que se hagan acreedores á ella. Los medios de vencer que no se presentan sino en el momento de la accion, son todas las ventajas que ofrece el terreno; la observacion del orden de batalla que se haya proyectado; su variacion, si hay necesidad, la que se debe hacer despues de haberla advertido á aquellos que deben saberla; la distribucion de la artillería.

ria segun lo pida el terreno ; la atencion sobre las ventajas que se pueden hallar, sea conteniendo las alas para envolver al enemigo, si se presenta la ocasion, sea apoyándolas para dar un gran golpe en donde el enemigo se presente mas débil; dar una seña que sirva de reconocimiento, y aun de reunion, antes de marchar hácia el enemigo, quando la marcha haya empezado por la noche, ó quando se crea que no se puede acabar antes de ella; tener mucho cuidado en observar la direccion de la derecha y la izquierda, y la distancia entre las líneas; si se marcha de frente hacer altos frecuentes, para que los regimientos puedan alinearse; volver á cargar la artilleria despues de haber hecho

fuego con ella; prohibir á los soldados con la mayor rigidéz hacer fuego, aunque el enemigo le haga, porque éste es el momento de atacarle, y si las tropas se empleasen en hacerle, perderian la ocasion de caer sobre él.

Si el ejército que quiere atacar tiene que andar mucho para poder llegar al terreno en donde está el enemigo, marchando de frente, ó si se lo imposibilitan los parages que tiene que pasar, conviene que se acerque al enemigo en bastantes columnas que se puedan desplegar en batalla antes de llegar á la distancia de ser atacado mientras, que está en columna.

Es preciso tambien que los oficiales generales comandantes de las

colunas se observen mutuamente, para que las cabezas de éstas hagan un solo frente, y que quando lleguen al terreno en donde el ejército pueda desplegarse, éste movimiento se haga con viveza y precaucion, no llegando al fuego del enemigo, hasta que el ejército esté puesto en batalla. El general en gefe debe colocarse en el parage mas á proposito para ver el efecto del primer ataque, para enviar sus órdenes, para sostener las tropas que han derrotado, ó para reemplazar á las que han sido derrotadas. Debe servirse para esto de las tropas que haya colocado entre las dos líneas, habiendolo creído conveniente, ó de las de reserva, segun lo juzgue de mayor utilidad. Todos los oficiales genera-

les deben estar en su puesto; así para llevar al combate las tropas que les están confiadas, como para remediar los desórdenes que hubiere en la extensión de su mando.

Obstinándose el combate, y no llegando à decidirse, el general en jefe debe dirigir el mayor ataque de su ejército contra el parage en que el enemigo haya hecho mayor resistencia; y en éste caso debe él mismo ir á la cabeza, para animar á las tropas con su presencia, y hacerlas atacar con mas fuerza.

Si su dicha es igual en toda la primera línea, y que haya derrotado la de los enemigos, la atención de los oficiales generales y particulares debe ser contener las tropas para impedir que los regimientos se des-

ordenen, hacer que no se persiga á los fugitivos, sino por partidas enviadas de los batallones y esquadrones, y marchar con toda la primera línea en orden, para atacar á la segunda de los enemigos.

La artillería debe siempre acompañar á la primera línea en el orden en que anteriormente ha sido distribuida, quando el terreno lo permita: lo demas del exército seguirá este movimiento, observando la distancia entre las dos líneas, segun se haya prescrito en el orden de batalla, para que no se introduzca confusion. Si la suerte continúa favoreciendo, y se consigue derrotar á la segunda línea, el general en gefe debe con mayor atencion, tener cuidado en que sus tropas no se desor-

dencen, porque pudieran ser atacadas, y derrotadas por la primera línea de los enemigos, si ésta se reúne detrás de la segunda. Debe seguir la derrota de las tropas batidas, siempre en cuerpos y en línea, hasta que el desorden llegue á ser general; despues de lo qual aumentará el número de las partidas destacadas, y prohibirá que nadie se aleje de sus banderas y estandartes sin haber sido comisionado.

En éste momento conviene servirse de las reservas, y de los cuerpos que no han combatido, para perseguir á los enemigos, impedirles que vuelvan al orden, y hacer prisioneros, con los que no se deben inutilizar las tropas custodiandolos durante la batalla; ni deben éstas atender

al botin, hasta que se consiga completamente la victoria, y el enemigo esté en tal desorden, y á tanta distancia, que no haya temor de que pueda volver sobre el cuerpo, al qual se haya mandado perseguirle en la fuga; despues de lo qual en lo demas del dia recogerán las tropas el botin del campo de batalla.

Si siguiendo al enemigo derrotado, se encontrasen sus bagages, prohibase que se desordene para el pillage algun cuerpo destinado á perseguir al enemigo, y acabarle de derrotar en su retirada. Si fuere necesario, se debe usar de grandisima y severidad para llevar á éste cuerpo mas allá de donde esten dichos bagages, pues su deber consiste en aprisionar y en destruir

hombres; por lo que el saqueo de los bagages quedará para el ejército.

Las primeras atenciones del general en jefe, después de conseguida la victoria, y dadas gracias al Señor de los ejércitos, deben ser; hacer curar á los heridos, ir á visitar á los principales, ó enviar á alguno de su parte, si sus ocupaciones lo impiden hacerlo en persona; exigir que le den una relación de las buenas acciones que él no haya visto; y dar en general las gracias á todo su ejército; alabar en particular á los que lo merezcan; juntar las señales de su victoria, que son los prisioneros, las banderas y estandartes, los timbales, y la artillería enemiga; comunicar la primera noticia de ésta victoria á su gobierno, con-

tinuarla con una extensa relacion de sus circunstancias, enviandole las banderas y estandartes.

Despues de haber recogido de su campo tanto sus heridos, como los del enemigo, los prisioneros, la artilleria, y todo lo que hubiese superfluo, y haber dexado descansar á su ejército; recogerá de su victoria todos los provechos que las circunstancias le proporcionaren, en execucion del proyecto resuelto. No me limito al tiempo que se debe emplear en lo que he prevenido en éste párrafo; será el menor posible, es quanto puedo decir.

Pero como la suerte de las armas es variable. y que despues de tomadas sabias precauciones para vencer, algunas veces no se evita el ser ven-

cido ; la aplicacion del general en jefe en éste funesto suceso , y el cuidado de sus inferiores debe dirigirse á impedir una derrota completa: en ninguna otra cosa se debe pensar. Su experiencia y capacidad le harán conocer el momento que precede á la pérdida de la batalla , para emplear las precauciones necesarias con el fin de disminuir el desórden de la fuga; ó por un esfuerzo considerable que hará con las tropas que no estan derrotadas, para dar tiempo á las que lo estan á que se reúnan, y asegurar asi su retirada; ó aprovechandose de un puesto al que pueda retirarse con seguridad, y dar tiempo para que sus tropas se junten en él.

El general que abandona el cam-

po de batalla pierde casi siempre sus bagages y artilleria; y asi no debe quedarse en el primer parage al qual se haya retirado, sino el tiempo preciso para juntar el resto de su ejército, despues de lo qual debe llevarle á un campo seguro, en donde pueda reparar su pérdida, tanto de artilleria y de fusiles, que hará traer de las plazas mas inmediatas, como de los socorros que pueda de gente para reforzarse.

Si su pérdida es tan considerable que de ella pueda resultar la de alguna plaza fortificada, debe guarnecerla con la infanteria mejor que le quede, é intentar conservar el campo con su caballeria; para incomodar al enemigo, en caso de que empiece el sitio; ó para contenerle,

impidiéndole formar muchos cuerpitos, quando su objeto no es mas que penetrar en el pais, y saquearle. Si el victorioso, por las pérdidas que ha padecido el dia de la batalla, se halla falto de infanteria para sitiar, ó de artilleria gruesa, y en fin, de modo que no pueda coger mas fruto de su victoria, que el desconcertar los proyectos de su enemigo, quedar dueño del pais llano durante la campaña, ó el proporcionar á su ejército quarteles de invierno en el pais enemigo; conviene que el vencido, alejándose del victorioso, se coloque en parage seguro, á corta distancia de ciudades populosas, de donde pueda hacer traer todo lo que escasea en su ejército de subsistencias, medicamentos, bagages, &c. ; que no se

presente en cuerpo de ejército al enemigo, sino después de reparar sus pérdidas en tropas, artillería, víveres, y en fin en quanto lo ponga en disposición de oponerse á sus progresos.

No solo el general en jefe, sino los demas generales, y aun los brigadieres que tengan mando, deben, en quanto les permita el enemigo, reconocer el terreno en donde se ha de dar la batalla, para que durante ella, no se encuentre ningun obstáculo que haga inútil el primer proyecto, y obligue á una evolucion considerable, siempre peligrosa á vista del enemigo.

Un foso que Mr. Nemours no habia reconocido hasta que empezó la batalla de Cerignole, fué causa de

la derrota del ejército francés.

Tambien es preciso reconocer sí à corta distancia del parage en que se piensa colocar las reservas y las alas hay alguna emboscada de los enemigos, que pueda atacarlas quando esté comprometida la accion.

Minucio, gefe de la caballeria romana, fué derrotado, por no haber tomado esta precaucion. Ocultó Anibal por la noche diez mil hombres en las gargantas de una montaña, y en los bosques vecinos; presentó el combate á su enemigo al dia siguiente; aceptóle éste sin haber reconocido los alrededores del campo de batalla, y se vió atacado por donde menos lo esperaba,

El medio de evitar esto es, que el general en gefe se aproxime con bue-

na escolta, hasta el parage en que no haya que temer emboscada, ni oposicion de las partidas enemigas, y desde alguna altura observe con un anteojo la disposicion de la línea enemiga, pues á dos leguas de distancia podrá distinguir las tropas establecidas fuera de ella, su infanteria, y caballeria, los tiros para la artilleria, y aun el color de los uniformes. Observadas éstas circunstancias, tomará en vista de ellas sus disposiciones, para la extension de sus alas, y la colocacion de su infanteria, segun las reglas que estableceré despues-

Poco antes de la batalla el general en jefe comunicará á los demas comandantes los medios que ha resuelto para la execucion. Entregará

á cada uno de los gefes las órdenes que debe hacer executar, para que todos obren con relacion al mismo fin, y no extrañen algunos movimientos de tropas que podrian causarles admiracion si no estuviesen prevenidos. Es tan sabida la importancia del secreto, que es inútil recomendarle. El general en gefe no debe creer que ha hecho bastante, con explicar clarisimamente sus órdenes; sino que debe asegurarse de que cada uno las ha comprendido bien; dando á todos antes de disolver la junta, la instruccion necesaria sobre las dificultades que puedan sobrevenir.

Despues de muy recomendado el silencio, y prohibido, so-pena de la vida, lo que se llama en los exércites

*pasar la palabra*, para executar ó suspender alguna evolucion; advertirá á sus generales, que si, á pesar de ésta prohibicion, oyesen gritos semejantes, no los cumplan; sino que solo obedezcan las órdenes que lleven sus ayudantes de campo, para evitar la confusion que resultaria de determinaciones opuestas entre sí.

El ejército Romano mandado por Aulio Manlio, fué derrotado en Istia, porque un soldado gritó: *á los uacros embarquemonos.*

En caso de que se haya perdido la batalla, y que tengan los generales á su disposicion dos ó tres caminos para hacer su retirada, irán por ellos á dar al parage á que se haya determinado; pero que este no sea nunca el de una plaza, que, aunque

fuerte, tenga pocos víveres, y así el enemigo halle mas facilidad de bloquearla.

Ademas de los oficiales del estado mayor, los ayudantes de campo del general en gefe, y los de otros generales; creo que, para llevar las ordenes de aquel en el dia de la batalla, convendria que escogiese un oficial de cada cuerpo, que con buen caballo le siguiera.

Para que todos estos oficiales sean reconocidos, y para que no se tenga dificultad en executar las órdenes que lleven, los coroneles, los tenientes-coroneles, los oficiales de artilleria, tendrán una lista de los ayudantes de campo, que la recibirán al mismo tiempo que la órden. Esta órden se comunicará con re-

serva , y solo la recibirán los sargentos mayores de los cuerpos del mayor general; y con esto se impedirá que saquen partido los enemigos, si han introducido algun espia en el ejército, para distribuir órdenes contrarias , haciendose creer ayudantes.

Los ayudantes de campo, que se escojan, serán de inteligencia y valor reconocidos, para que por miedo no retarden las órdenes ; no deben por esto buscar el peligro, por que, si los matan en el tránsito , puede ser de gran perjuicio el que no se reciban las órdenes que llevan. Quando hay mucho riesgo , deben enviarse las órdenes por muchos ayudantes de campo, para que, si algunos mueren, puedan llegar éstas al

parage á donde sean dirigidas.

Cada ayudante de campo se informará del estado de la tropa á cuyo comandante lleva alguna orden, y volverá con viveza á dar parte al general. De éste modo tendrá éste noticias frecuentes de lo que pasa en todo el ejército, y es la razón por que conviene que haya muchos ayudantes de campo.

Algunos establecen por regla general que es útil quitar al ejército toda esperanza de retirarse, para que haga quanto esfuerzo pueda á fin de conseguir la victoria. No obstante, se sabe de ejércitos, que no teniendo retirada, han sido derrotados. Si se me dice que un ejército, puesto en derrota, queda tan intimidado, que no se puede contar con él;

repliego, que hay muchos expedientes para reanimarle; y que no se puede emplear ninguno para reemplazar á los soldados que hayan muerto ó esten prisioneros; sirviendome de un proverbio vulgar, digo: que vale mas el perro vivo, que el muerto.

El ejército español derrotado en 1719 en la batalla de Zaragoza, fué restablecido y disciplinado en corto tiempo, tanto per las sábias órdenes de Felipe V, como per la actividad del conde de Aguilar; y en el mismo año ganó á los vencedores la batalla de Villaviciosa, volvió á tomar el reyno de Aragon, y causó todos los progresos que España no habria visto, si éste ejército, impidiendole la retirada, hubiese sido totalmente

derrotado en la jornada de Zaragoza.

No obstante lo dicho, conviene quitar á un ejército la esperanza de retirarse, quando hay certeza de que, si es derrotado, el gobierno no podria continuar manteniendole; quando se infiera que la noticia de la accion perdida sublevará el pais, ó quando, no siendo dueño de ninguna plaza fortificada, no haya esperanza de salvar el ejército, si se retira.

Como las tropas se irritarian, prohibiendoles toda clase de retirada, ó imponiendoles la necesidad de vencer se daria á conocer alguna desconfianza de su valor; se debe hacer de modo que lo atribuyan á casualidad; diciendo, que una ave-

nida ha llevado los puentes; que el enemigo se ha apoderado de tal desfiladero; que los gobernadores de las fortalezas inmediatas han asegurado que no abrirán las puertas á los fugitivos, porque tienen escasez de provisiones; ó que las provincias que estan á la espalda tomarán las armas contra el ejército, si llega á ser derrotado. Quando Cortés temió que sus soldados cansados de la guerra, se empeñasen en retirarse á la isla de Cuba, resolvió destruir los navios; y para que no se conociese la verdadera causa, mandò en secreto à algunos marineros, que publicasen: que las malas circunstancias del puerto de Veracruz, en donde se habia detenido la esquadra algun tiempo, la habian inutilizado

enteramente. Cortés pareció creerlo; hizo quitar todo lo que no se deterioró; mandó dar fuego á los navios, y los abandonó. Por ésta resolución, á la qual se le creyó obligado, demostró tanta sabiduría y prudencia, como vituperio y desprecio se hubiera atraído, si sus soldados la hubiesen atribuido á un efecto de su capricho.

La obligación que he prescrito mas arriba para los generales en jefe, interesa mas inmediatamente á un príncipe soberano, que mande el ejército; pues no podrá conservar éste, ni aún la posesion de sus estados, si pierde una batalla decisiva: quando el emperador y las provincias se hallan en peligro, dice Tácito, el príncipe debe estar en la ac-

eion. No hay cosa tan capaz de inspirar valor á las tropas, como la vista del soberano. Quinto Curcio, hablando de la batalla de Arvela, en que estuvieron Alexandro y Dario, nos dice: que cada soldado peleaba con el mayor valor, y tenia por glorioso el morir á la vista de su rey. Felipe V se puso á la cabeza de su ejército en la batalla de Villavieiosa, previendo que, si la perdía, su corona quedaba en grandísimo peligro.

Si un ejército está puesto en orden de batalla, antes que el enemigo se acerque; el que lo mande tendrá tiempo de distribuir los regimientos sin ningun riesgo, y de rectificar en el órden general algunas equivocaciones cometidas en cuerpos, que

lo hayan entendido mal. Hay una razon aun mas poderosa para poner con tiempo el ejército en batalla; porque asi se evita el peligro de hacer movimientos á la vista de los enemigos. Una de las causas principales de la derrota de Felipe de Valois en la batalla de Créci, fué, que el príncipe hizo pasar á la vista de los enemigos á su primera linea un número de tropa considerable, que, segun la primera disposicion, ocupaba otro parage.

La máxima que acabo de asentar tiene el inconveniente, de que colocado el ejército con antelacion, se dá mas tiempo al enemigo para conocer el órden de batalla contrario, y mas facilidad para aprovecharse de éste conocimiento, formandose

del modo que se crea mas fuerte. Para remediar este inconveniente, y aun aprovecharse de él, es necesario reservar alguna mudanza importante, y de fácil execucion, que obligue al general enemigo á variar las medidas que hubiese tomado.

Se me replicará, que en poniendo el ejército en batalla tan de antemano se cansará, por que tendrá que esperar mucho tiempo; como el de Luis II, rey de Ungria, en la batalla de Mohatz, que perdió contra Soliman II. Los Ungaros, puestos en órden de batalla desde el amanecer, estaban cansados quando los atacó el ejército de Soliman, que salió de sus atrincheramientos mucho despues. Digo solo, que conviene que se pongan temprano las tro-

pas en órden de batalla; que despues se las dexé comer y beber; y si el tiempo lo permite, que se sienten al pie de sus armas. Conviene tambien tener á los enemigos inquietos la noche anterior, para que no descan-sen. Tambien puede suceder, que sabiendo que el ejército contrario está ya en batalla, conceptuen que no tienen tiempo para comer, y aun menos para reparar la vigilia de la noche precedente: si se les ataca en éste caso, se puede esperar un éxito feliz.

El órden de las brigadas de infanteria, de caballeria, y de dragones, es por lo regular el siguiente: la caballeria á la derecha de las dos líneas, ó á la derecha y á la izquierda de la primera, ó á la derecha de

la una, y á la izquierda de la otra: Los dragones ocupan las alas que la caballería dexó libres, y se divide entre ellos la infantería en derecha, centro, é izquierda: en el centro se colocan las brigadas mas visoñas. Aunque así se ponen ordinariamente, no será inviolable la observancia de ésta ley: quando el parage en donde está un costado es fuerte por su naturaleza, y que el del otro y el del centro no son tan ventajosos; se pondrán las mejores brigadas, y los generales de mayor confianza en los puntos en donde haya mas que temer, y se piensa hacer el esfuerzo principal.

El general en gefe no se valdrá con escrúpulo de la antigüedad de los generales, y segun las operacio-

nes empleará à los que hayan servido en infanteria, ó en caballeria; porque el que no ha servido sino en caballeria , no acertará haciendo maniobrar infanteria. Lo mismo sucede al que ha servido en infanteria, si manda caballeria. Con todo , en muchas ocasiones es necesario que el comandante sepa como debe manejar una y otra arma: no comprendo por qué razon no pasan los oficiales de infanteria á los empleos de caballeria , y al contrario ; sobre todo, aquellos jóvenes que por su valor y su capacidad es regular que lleguen á ser generales. Deseára que quando un teniente general y un mariscal de campo mandasen una division el uno de ellos hubiese servido en infanteria y el otro en caba-

beria. Los Alemanes tienen generales de las dos armas; es prudente y de mucha inteligencia imitar á las naciones extranjeras en qualquiera cosa bien pensada: los Francos imitaron el arte militar de los Galos, á quienes vencieron; y los Galos habian imitado el de los Romanos sus enemigos. Los mismos Romanos abandonaron muchas veces sus antiguas máximas, para seguir las de los enemigos, con quienes tenian que pelear. En Europa hasta 1703 hubo capitanes y tenientes generales para la caballeria, y maestros de campo y generales de batalla para la infanteria.

La experiencia no dexa duda de que ciertas naciones temen mas á una arma que á otra; sea porque ex-

tén mas hechas à la una de ellas, é porque hayan sufrido mas derrotas. Durante la última guerra de la liga contra las dos coronas, la infanteria española atacaba con valor maravilloso la de los enemigos; pero temia llegar á las manos con la caballeria; hasta que las ocasiones la acostumbraron á no temerla.

Quando haya diferentes armas en uno y otro exército, conviene oponer á las hondas, y á las espadas, el fusil con su bayoneta; porque ésta arma, sea de lejos ó de cerca, hace grandisimos destrozos. A los fusileros les opondria regimientos, cuya primera fila fuese armada de coraza y pica y la flanquearia de una bateria de cañones. Esta disposicion seria desventajosa para el enemigo

de lejos, por las corazas de la primera fila, y porque el tiro del cañon es mayor que el del fusil; de cerca, porque la punta de la pica alcanza mas que la de la bayoneta. Emplearia estos mismos batallones armados de picas contra las tropas de ciertas naciones, que aunque al principio carguen con furia, no vuelven al ataque, si se las rechaza: las picas como alcanzan mas que las bayonetas, detendrán éste primer furor. Esto se vió en las batallas de Rocroi y de Ravini, en donde las picas de los Españoles detuvieron el ímpetu de los Franceses victoriosos.

Intentemos igualar quanto sea posible, y aún hacer mas fuerte á nuestro ejército que el del enemigo; para conseguirlo, hagamos marchar e

lado compuesto de las mejores tropas con mas aceleracion que el otro que no las tiene tan buenas; y por lo mismo nos conviene mantenerle á bastante distancia del enemigo. De éste modo, solo los mejores soldados pelearán. Aunque los enemigos marchen terreno hácia el lado en donde está el ala mas débil, no llegarán antes que los mejores soldados del ejército hayan peleado; y, si estos derrotan al enemigo; no le darán tiempo para ayudar á el ala á cuyo frente estan las tropas mas débiles.

Sobre éste orden de batalla conviene observar tres cosas. La primera comenzar de lejos á inclinar insensiblemente la marcha del ala en que se han puesto las mejores tropas, cuidando de ganar algun terreno

en el movimiento ; para que, en lugar de ser ganado, el flanco del ala que marcha, sobrepuje á la contraria que tiene á su frente. Esto supuesto, el ala en donde estan los mejores regimientos, debe adelantar un poco mas que la otra, para que, encontrandose mas cerca de los enemigos, pueda pelear con ellos, antes que alcancen el ala que quedó mas atrasada.

Si se prevee que los enemigos, observando que se gana terreno sobre uno de los lados, adelanten tambien su línea hácia él mismo, conviene tener entre las líneas algunos regimientos destinados para que aumenten aquel lado que se quiere adelantar mas , y quitar á los enemigos la ocasion de oponerse, sin alterar en-

teramente el órden de batalla.

En segundo lugar se deben poner los mas fuertes regimientos en frente de las tropas mas débiles del enemigo. Esta reflexion correspondió con efecto quando la empleó Scipion el Africano. Sabiendo éste general que Asdrual habia puesto sus mejores tropas en el centro, formò las alas de su ejército con los soldados de su mayor conüanza, y las hizo adelantar mientras que el centro marchaba con lentitud, para que derrotasen á los Cartagineses, antes que el centro del ejército Romano, que se componia de soldados muy débiles, pelease con el centro del ejército de Asdrual, que era fortisimo.

**La tercera observacion es escoger**

el terreno mas ventajoso para el ala que debe atacar, y cubrir la otra. Quando el terreno no presenta ventajas, conviene cubrir éste costado con caballos de frisa, cortas de árboles, carros, artilleria &c. Es preciso tambien poner detrás de las líneas pequeñas partidas de caballeria, y darles la orden de matar á todos los que abandonen su puesto. Es de entender, que si ésta orden elogia indirectamente á los valientes que tienen honor, y descan la gloria; amenaza con terrible castigo á los cobardes que prefieren salvar su vida con infamia, á conseguir con firmeza una victoria envidiable. Seria útil hacer un exemplar con los soldados que rehusen atacar, ó que, sin verse precisados, salgan de sus filas.

Nuestra ordenanza militar está terminante en este asunto. Los Espartanos tenían una ley que los obligaba á vencer ó morir, privando del derecho de ciudadanos á todos los que dexaban la pelea, pues eran mirados como enemigos de la pátria. Un escritor, hablando de los antiguos Daneses, dice, que eran invencibles, porque miraban la huida, como impiedad é infamia, y la castigaban con el mayor rigor. Platon asegura el valor y firmeza de los soldados encargando que se prohiba el rescate de los que han peleado mal. El senado Romano no quiso que ocho mil de los suyos, que Annibal hizo prisioneros en la batalla de Cannas, se rescatasen y volviesen á su pátria. Estos ocho mil hombres es-

tuvieron encargados de defender el campo; y se rindieron, así que el ejército romano fué derrotado. Se puede replicar contra el modo de pensar de Platon y la conducta del senado romano, que si los prisioneros no esperan cange, se alistarán en las tropas enemigas: respondo, que si son cobardes, los enemigos no adelantarán, y debe despreciarse su pérdida. No obstante, bien mandado todo hombre es buen soldado; y malo quando no se le manda bien: el que se rindió cobarde por falta de ésta ciencia, puede ser valiente á las órdenes del enemigo que le prendió, y en cuyo ejército existe. Los soldados del Papa son valientes en los ejércitos franceses; y los americanos insurreccionados huyen á la vis-

ta de un corto número de soldados payanos suyos, mandados por buenos oficiales, que el Sr. virrey Venégas ha destinado en su persecucion; y asi conviene róscatar á los prisioneros que hagan los enemigos.

Aunque ordinariamente las evoluciones de las batallas son marchar de frente y conversar; con todo hay ocasiones, en que es preciso tomar medidas relativas á lo que puede suceder; por tanto, los oficiales de los cuerpos colocarán soldados experimentados, en donde haya que observar con mayor cuidado, para que no se confunda ningun movimiento.

No se deben separar los regimientos de una misma nacion, para que el deseo de distinguírse de las otras, los obligue á mayores esfuerzos.

A los espías se les preguntará el día de la batalla el vestido que lleva el general enemigo, el caballo que monta, y otras señales por las que se le pueda conocer. Con éstas advertencias, se nombrará un destacamento de soldados escogidos, que luego que comience la batalla le hagan quanto daño sea posible. Todos los individuos de éste destacamento deben saber sus señales. Si consiguen hacerlo prisionero ó matarle, este suceso amortiguará el valor de su ejército; y mientras se extiende la noticia, apenas habrá entre los enemigos quien dé las órdenes necesarias.

Los españoles que á las órdenes de Cortés se cansaron excesivamente, y estaban muy dadosos del re-

sultado de su accion contra los tlaxcaltecas, vieron quando menos lo esperaban, la retirada del ejército enemigo casi victorioso. Se supo despues que su general Xicoteneal la habia mandado, porque la mayor parte de sus capitanes habian muerto en ésta batalla; y no se habia atrevido á seguir el combate con tantos soldados, sin tener oficiales que los mandasen.

Tambien conviene mucho quitar al enemigo una bandera ó señal que sirva á todo el exercito, porque ésta pérdida los desanimará casi tanto como la pérdida de su general. Hernan Cortés lo experimentò en la batalla de Otumba: atacò y derrotó con un cuerpo escogido las tropas que guardaban el estandarte del im-

perio de México ; quando lo consiguió, los enemigos abandonaron la pelea , las armas , y aun el cuidado de sus vidas.

Conviene tambien tener gran consideracion para elegir el terreno propio para la pelea; para esto es preciso atender al número y clase de las armas; si el ejército es superior en caballeria al del enemigo, el terreno mas llano, en donde se manejarán mejor los caballos , es preferible al montañoso, en donde la infanteria hace con mas seguridad las evoluciones para ofender al enemigo, y se defiende con mayor facilidad de las que el contrario haga.

Una de las faltas que tuvieron nuestros enemigos, fué la de haber

aventurado una batalla en los Hanos de Almansa, quando la mayor fuerza de su ejército consistia en infanteria, no siendo su caballeria tan numerosa, ni tan buena como la nuestra.

Este exemplar y otros que podia oitar demuestran el cuidado que se deba poner en la eleccion del terreno; conviene que el que medie entre las lineas de un mismo ejército sea facil, para que unas puedan socorrer á otras; lo que se conseguirá quitando los obstáculos que haya entre ellas, y los que impidan la libre comunicacion de los costados con el centro.

Si la caballeria de los enemigos es mas numerosa, se debe sostener la propia con los mejores regimien-

tos de infantería, que no deban tener otro destino sino éste. En la batalla de Pharsalia la caballería de César era inferior á la de Pompeyo; pero César sostuvo la suya por una cohorte, elegida de cada legión de la tercera línea; éstas tropas de infantería fueron la principal causa de la derrota de Pompeyo.

El ejemplo siguiente prueba la utilidad de las extrabajaduras que se recomendó: los españoles destrozaron contra el ejército de Amílcar carros llenos de hachas encendidas tirados por bueyes. Estos animales, espantados por el humo y el calor, se arrojaron sobre las tropas de Amílcar, las desordenaron y por ésta circunstancia los españoles ganaron la batalla. Si éste género de

fuegos hace mejor servicio. que las granadas conocidas, se empleará con preferencia. Las granadas con su explosion espantan mas à los caballos, que à los ginetes; pero como su fuego dura poco, unos y otros vuelven con seguridad, luego que el humo ha pasado. No obstante, puede hacerse la composicion de los mistos de modo que el humo dure mucho, y huelga muy mal: si los caballos se espantan, se debe atacar à la infanteria de los enemigos; antes que su caballeria se haya vuelto à ordenar, y pueda protegerla.

Si el ejército propio es mas fuerte que el del enemigo, es preferible atacarle en un dia en que la lluvia disminuya tanto el poder de cada soldado, que haciendo la rebaxa que

se debe producir del mal tiempo, resulte mas fuerte el ejército de mayor número. Aunque sea inferior en infantería, pero superior en caballería, atacará al enemigo en un día de lluvia; el agua hará inútiles las armas de fuego de la infantería, y la caballería podrá servirse de su arma blanca, cuyo corte y punta no les ceba à perder el agua.

Suponiendo al ejército de los enemigos superior en número, es utilísimo atacarle por un flanco; porque el mayor número venceria à los mas débiles, siempre que pudiesen emplear todas sus fuerzas: tambien se debe tener presente, que los enemigos con mayor número pueden tener mas fondo; y es preciso que el mas débil haga todo esfuerzo, para

que ganando un flanco al enemigo, consiga atacarle por el frente y por la espalda; pues, no siendo así, sería derrotado el mas débil, batien- dose solo de frente. Polivio observa que la falange Macedonia, que tenia armas proporcionadas á diez y seis hombres de fondo, era invencible, á menos que el terreno ú otras cir- cunstancias no la obligasen á no mantenerse en éste órden de bata- lla, y por esto se expusiese à ser flanqueada.

En los primeros combates entre la caballeria española y la alema- na, ésta tuvo ventajas, peleando de frente; porque sus caballos por su corpulencia, se fixaban con su pro- pio peso; pero á poco la española aprendió á disputarles el terreno;

aprovechándose de la soltura y ligereza de sus caballos, enviaban destacamentos que atacaban á los alemanes por los costados, al mismo tiempo que su cuerpo principal los atacaba por el frente ; y con ésta táctica consiguieron vencerlos, siempre que usaron de ella.

Tambien es útil poner entre las líneas tropas destinadas á prolongar el frente ; para que al principio de la accion se formen hácia las alas, y sobrepujando ataquen al flanco del enemigo ; en razon de que el órden de batalla que vió antes, no tenia el frente mas extendido que el suyo. Ademas de éste destino, se les puede dar otro muy esencial : quando se envíen algunas partes de la primera línea, para seguir al ene-

migo derrotado, con el objeto de ~~dar~~ darle tiempo à que se vuelva à formar, se deben adelantar los cuerpos mas inmediatos, que están entre las líneas à llenar el vacío de la primera, para evitar que alguna partida enemiga penetre por la abertura, y por algun movimiento de conversión, mitad à derecha, y mitad à izquierda, introduzca desorden y confusión.

En el día de batalla el general en jefe procurará ocultar una partida de caballería, que empezado el combate, venga à atacar por la espalda, ó por el flanco de los enemigos. Por pequeño que sea éste destacamento, atacando con mucho ruido, descenderá ciertamente à los enemigos, que se creerán envueltos por algun

cuerpo numeroso, que ha pasado por donde ellos no podian verle.

Quando propongo que las tropas emboscadas ataquen la espalda de los enemigos, supongo que no estén sino en una línea, ó que la primera esté muy lejos de la segunda: si el enemigo ha formado dos ó tres líneas à distancia conveniente unas de otras, la emboscada no atacará sino el flanco de la primera; esto servirá como si se atacase por la espalda y se evitará el peligro de colocar el destacamento emboscado entre dos líneas enemigas.

Es preciso escoger para éstas emboscadas oficiales y soldados intrépidos, para que su valor haga el mismo efecto que si fuesen compuestas de mayor número, y que

puedan desordenar el flanco de la línea atacada. Conviene tambien que lleven el mismo uniforme que los enemigos; para que viendolos acercarse por la retaguardia ò por un costado, puedan responder al *¿quien vive?*, de modo que los enemigos los tengan por una partida suya, que viene à mudar de puesto. Aunque conviene que ataquen à la desbandada, con lo que harán mayor daño al enemigo, y con mas facilidad sus movimientos; éste destacamento, à fin de no hacerse sospechoso à los enemigos, y que estos le crean de sus tropas, marchará con òrden, y quando esté cerca de ellos los cargará del modo que crea aumentar mas su confusion. La caballeria es preferible à la infanteria para ésta;

especie de emboscada, porque en caso de ser reconocido su engaño, se retirará con mayor prontitud: la nuestra es muy útil, porque la viveza de los caballos españoles dà cierta seguridad de salvarse, aunque llegue á ser reconocida por el enemigo: no obstante, ésta preferencia no debe tener lugar, quando la desigualdad del terreno no permita á la caballeria obrar con facilidad en los movimientos de ataque y retirada. Se hará uso de las emboscadas, principalmente quando haya superabundancia de tropas, ó quando el terreno sea tan angosto, que no se puedan emplear todas ellas con arreglo à la extension que conviene dar à la primera línea: si no pueden ocultar su marcha al ene-

migo en el día de batalla, se las enviará la noche antes, para que con alguna redco vengan á caer sobre el flanco de éste, quando la primera línea le ataque de frente: en el caso de tener muchas tropas se comisionarán cuerpos escogidos; para que lo ataquen de frente al mismo tiempo que la emboscada lo haga por el flanco, ó por la espalda. Si el ejército propio es muy inferior en tropas de todas armas, se debe elegir para la batalla un terreno estrecho, en donde los enemigos no puedan extender su frente ni envolverle los costados con sus alas. Quando no se encuentre parage estrecho qual conviene, el general en gefe procurará asegurar una de las alas de su ejército, de modo que

tenga poco que temer por aquel lado; y defender el otro con caballos de frisa, líneas de carros &c. sostenidas todas estas defensas con artillería. Si la situación del terreno, y los principios del arte no permiten que se cubra mas que una de las alas, conviene colocar en la otra la mayor parte de la caballería, y los mejores regimientos de infantería. Si faltan algunos para apoyar las alas en un parage fuerte, ó poner el ejército con un frente igual al del enemigo, deben ocupar un poco mas terreno los soldados; pero sin dexar grandes vacios por donde la caballería enemiga pueda penetrar: con esto los soldados manejarán mejor sus armas, y el enemigo por no tener su ejército mas exten-

sion, ni podrá inspirar confianza á los suyos, ni envolver al ejército con tanta facilidad.

No solamente es necesario asegurar las alas, sino tambien la retaguardia, si el ejército es inferior. Esto se consigue colocandole en parage que tenga á sus espaldas un rio, una laguna, montañas inaccesibles; y, aunque es cierto que, siendo batida la primera línea, no tendría lugar para volverse á formar por la inmediacion á éstos parages, esta dificultad se evitará con prevenir que las líneas deben distar doscientos cincuenta pasos unas de otras, y desde la última á estos terrenos intransitables, debe haber otra tanta distancia. Es verdad que tambien se puede decir, que se quitada

retirada á un ejército colocado de éste modo : respondo lo que antes he dicho á cerca de esto; y solo añado , que en un caso apurado , el general que lleve su ejército á pelear, debe pensar mas bien en los medios de ganar la batalla , que en los de retirarse, si la pierde.

Si no se puede usar de ninguna de éstas ventajas para defender un ejército inferior en número, se formará toda la infantería en dos líneas con la reserva de algunos cuerpos elegidos, que se colocará en medio de las dos para sostener á qualquiera que sea atacada; la primera dá frente á vanguardia, y la segunda á retaguardia. También la caballería estará en dos líneas, desde los costados de la una á la otra: ésta

caballeria tendrá su frente, la de la izquierda á la izquierda, y la de la derecha á la derecha. Los ángulos de éste quadrilongo se fortificarán con artilleria y pelotones de infanteria escogida : en ésta disposicion, si los enemigos vienen á atacar al ejército inferior, se encontrarán con la caballeria de frente, en caso de que intenten envolver alguno de los costados; y si no, puede ganarlos su flanco, dando un quarto de conversion hácia los enemigos.

Estoy convencido de que por regla general vale mas atacar que ser atacado; porque así se aumenta el valor de los soldados propios, y se disminuye el de los enemigos, que viéndose atacados, creen que el que

Los ataca es superior, aun quando no lo sea. Ademas de esto, el soldado que marcha và tan ocupado de su movimiento, que se fixa poco en el peligro que le amenaza: dexa detras de sí al moribundo y al herido : sus gemidos y el espectáculo de sus amigos , quando estan cerca disminuyen su firmeza y constancia.

No obstante, si el terreno que ocupa el ejército ofrece ventajas considerables , ó si se sabe que el enemigo está muy bien situado, conviene esperarle , psra no cambiar una posicion favorable por otra peligrosa. Tambien conviene tener presente la costumbre que tiene el enemigo de esperar un ataque, ó de marchar á la pelea ; en el primer caso es muy útil aguardarle, y en

el segundo marchar á combatir con él. Si se recibe el ataque de los enemigos, es preciso asegurar bien los costados, y aumentar las ventajas del terreno por los medios propuestos; ó abrir en toda la extensión del frente un foso, que aun quando no sea muy ancho, ni muy profundo, servirá para reprimir el primer ímpetu de los enemigos, y sobre todo el de su caballería. Suponiendo la resolución de esperar al enemigo á pie firme, y que no haya el tiempo necesario para hacer los atrincheramientos dichos, conviene sembrar gran porcion de abrojos en frente del ala en donde se juzgue que los enemigos situarán su mejor caballería. Antes de ésta operacion se deben destacar pequeñas partidas á

gargo de oficiales de confianza, delante del frente y de los flancos del ejército, para evitar que algunos desertores lleven la noticia á los enemigos. Luego que estos empiecen á marchar hácia el ejército, la parte de caballería que esté colocada detrás de los abrojos, se dirigirá á otra parte de la línea en que pueda servir mejor: ésta podia incomodar mucho á los enemigos á quienes ataque; porque ésta invasion lo cogerá de nuevo.

Ya he dicho que conviene colocar el ejército con la espalda al viento y al sol siempre que se pueda conseguir sin grande inconveniente. Mario se aprovechaba exáctamente de esta observacion: procuraba siempre combatir por la tarde, quando

su ejército estaba vuelto hácia el oriente , y quando tenia el frente hácia el occidente, peleaba por la mañana. En las acciones durante la noche , conviene tambien tener la luna à la espalda; porque los enemigos harán fuego à sombras creyendolas cuerpos.

Soy de opinion de que el bagage se aleje del campo de batalla, pues si quedase derrotado el ejército, le aumentaria mucho las dificultades de retirarse: y aunque algunos piensan que debe estar inmediato a las tropas por el valor que aumentará en ellas el deseo de conservarle, he tenido presente para resolverme , que tambien se hará mas difícil derrotar á enemigos que tengan á la vista tan precioso botin. Este baga-

ge debe ser guardado por infantes y caballos algo estropeados, que puedan seguir el paso de los carros, y que serian poco útiles en la accion. Tambien se deben enviar á retaguardia las órdenes y proyectos del gobierno, las representaciones del general en jefe y sus respuestas, y los libros de las órdenes que se han distribuido al ejército. Es aun mas esencial dirigir á un parage seguro las cartas de los correspondientes que tiene el general en el pais de los enemigos.

Si el ejército que vá á una accion no tiene á corta distancia una reserva de víveres, que pueda recibir despues de la primera marcha, retirándose ó persiguiendo al enemigo, tendrá precision de descarrar-

pa y detenerse para buscarlos, y así dá los enemigos el tiempo de adelantarse ó de retirarse cómodamente. Es útil dar de comer y beber á las tropas antes de empezar la batalla. No solo desearia que los soldados llevasen pan, carne cocida, y bebida para un dia; lo que no los embarazaria demasiado sino que en el caso de un puente, un desfiladero, ó en una plaza poco distante del ejército, hubiese requas cargadas con la racion de dos dias, que llevarian pan, agnardiente, queso, cebada, y carne cocida.

Propongo viveres cargados en requas, para que puedan seguir al ejército vencido ó victorioso, por qualquier camino que le convenga tomar; lo que no podrian hacer los

carros: estos se pueden emplear en llevar los víveres necesarios para los encargados del servicio de la artillería; porque bien pueden pasar los carros por donde pasan las cañones. Establezco que sea el queso, porque una corta cantidad vale tanto como una gran porción de vino, y por consiguiente el transporte es mas facil: queso y carne cocida, para que el soldado no se ocupe en aderezar su comida, el tiempo que le es necesario para descansar. Las tropas fatigadas por la duración de la batalla y por el cansancio, necesitan descanso, y mejor alimento que pan y agua, quando se detienen, ó persiguen al enemigo.

Segun la órden dada para formar el ejército en batalla, los coronales

adelantarán la hora del rancho de sus soldados, quando sea preciso, en atención à que las tropas que han de pelear, han de estar reforzadas por el alimento.

El emperador León previene que cada soldado lleve agua, sirviéndose para esto de botas ó barrilitos, para poderse refrescar en el ardor de un largo combate: convendria tambien, dice, que quando el ejército esté en batalla, pasasen por las líneas carros cargados de agua, para que cada soldado pudiese beber, sin abandonar su fila, y apagar la sed, que se hace insupportable, quando se aumenta con el calor, el cansancio, y el polvo. Esta advertencia parecerà despreciable à quienes no tengan experioncia.

Los oficiales de cada compañía pasarán exáctisimamente la revista que manda la ordenanza, antes de la acción: excuso prevenir la nimiedad que debe emplearse; porque supongo que los gefes se harán cargo de que se preparan para la acción, en que la mayor disciplina asegura la victoria.

Supongo que un ejército tenga su parque de artillería, y en él bastante cantidad de pólvora, balas, granadas, y mechas. Pero viéndose en la necesidad de alejarse del parque principal, se necesitan en el ambulante municiones en proporción del número de hombres, cargadas en requas, como he dicho, para los víveres, que puedan seguir al ejército à qualquiera parte. Ne

se deben apurar las municiones en una accion en que los soldados reciban treinta cartuchos por plaza, à no estar separados los dos exércitos por un rio, canal, ò qualquiera otro obstáculo, y en precision de hacerse fuego mucho tiempo, sin atreverse ninguno à atacar, por no ser derrotado quando dexé su position ventajosa.

Los cirujanos de segunda línea se colocarán con los de las reservas; detrás de éstas encenderán fuego y tendrán preparados todos los instrumentos de su officio, y demas útiles necesarios, sacados del hospital general.

En un exército de veinte mil hombres, contra otro de igual número, se pueden contar de quatro à cinco mil heridos de ambas partes. Ade-

mas de éste hospital, que se llamará de la *Sangre*, habrá otro general establecido en una ciudad vecina, en donde se escogerán los edificios mas grandes y mas cómodos para curar à los heridos: para retirarlos del campo de batalla se emplearán soldados desarmados, ó paysanos de los pueblos inmediatos, encargados à un jefe, que tendrá à sus órdenes dos soldados de caballeria. Los heridos deben retirarse con todo el cuidado que manda la caridad cristiana, y se debe al valor de los que han derramado su sangre en defensa de la pàtria; de éste modo los combatientes se mantendrán mejor, porque no oirán los gemidos de los heridos, y esperarán el mismo cuidado, si tuviesen semejante desgra-

cia: además con esta prevención, se quitará à los soldados, cuyo único deber es combatir, el pretexto de dexar su puesto, para retirar à sus oficiales, ó à sus compañeros heridos.

Si se pierde la batalla, los enemigos harán prisioneros à los cirujanos, à los heridos, y à los que los sirven. Dos generales enemigos que hacen la guerra generosamente, deben prometerse cuidar el uno de los heridos del otro. Si no hay semejante convenio, es preciso que el general en jefe dexé en el hospital de la Sangre una carta para el general enemigo, en la qual se le diga los cirujanos y los remedios que quedan para los heridos de los dos exércitos, y que espera de su generosidad,

que cuidará lo mismo de los unos que de los otros: igual carta quedará en el hospital general.

Si las órdenes de que he hablado, no estuviesen establecidas en el ejército, es preciso publicarlas antes de una batalla: baxo *pena de la vida*, será prohibido à todos los soldados y oficiales pasar la voz, que mande una nueva evolucion, ó qualquiera otro nuevo movimiento. Tambien se publicará la órden siguiente: *Pena de la vida, se prohíbe que ningun soldado dexé su fila, sin orden de su oficial, aunque lleve el pretexto de hacer prisioneros o retirar heridos.*

Antonio de Vil previene, que el botin se venda à pública subasta; que del dinero que resulte, se dé en primer lugar una cantidad

extraordinaria para los heridos, despues de haber pagado los caballos de los oficiales que los hayan perdido en la accion:: en seguida debe repartirse con respecto à la graduacion de los individuos, con este órden: al soldado una parte, al sargento dos, al abanderado tres, al teniente quatro, al capitán seis, al mayor siete, al teniente coronel ocho, al coronel diez, al brigadier doce, al mariscal de campo diez y seis, al teniente general veinte, al comandante de la expedicion doble de lo que le toca por su grado; el general en gefe no tiene parte senalada, y asi en cada ejército se hace la reparticion de diferente modo: pero yo sería de opinion que no tomase sino un caballo, o una cosa de

gusto, siendo la presa de consideracion : los demas que por su obligacion esten en el exército sin ser militares, su sueldo arreglará la parte que deben tener en la presa. Quando una plaza, ò un exército necesita víveres, y se envia algun destacamento á buscarlos á pais enemigo, se gratificará á éste con dinero por lo que ha cogido.

Muchas veces las persuasiones de un oficial estimado hacen mas efecto que las órdenes del general; sobre todo, quando sabe aquel hacer reflexiones juiciosas sobre las ventajas actuales. Que el general en gefe tenga cuidado de que oficiales aconsejen lo que él ha mandado ; que persuadan á sus soldados, que hay menos peligro en mantenerse

firmes , que en volver la espalda al enemigo; porque en éste último caso dexan de defenderse , y quedan expuestos á toda su furia. Conviene tambien que ellos sepan las precauciones tomadas para su seguridad; al mismo tiempo que el castigo establecido contra los que faltan á su deber.

Si las tropas enemigas tienen orden, de no dar quartel; ò si en otra ocasion no han hecho prisioneros, debe enterarse de esto á los soldados, para que el miedo de perder la vida, si no consiguen la victoria, los obligue à una obstinada resistencia; y à que encuentren en su indignacion, y su furor, la salvacion que no encontrarian en el enemigo, si fuese vencedor. El marqués de Pescara,

general de la infanteria española, comunicó á su ejército en la batalla de Pavía, que los franceses estaban determinados á no dar quartel: ésta noticia irritó á los españoles, y ganaron la batalla.

Es preciso que la víspera de la batalla las tropas vean en el semblante del general en gefe un ayre de contento y alegría, que les sea un agüero seguro de la victoria: los soldados atentos entonces al semblante del general, infieren la dicha ó desgracia del combate, por la alegría ó tristeza que advierten en él: el ayre risueño con que Alexandro se presentó á sus soldados antes de la batalla de Arvela, fué para ellos un presagio seguro de la victoria.

Si antes de la batalla sobreviene

algun accidente, por el qual el soldado ignorante y grosero formase un agüero funesto; conviene darle prontamente una interpretacion favorable, que lejos de intimidarle aumente su valor. Al principio de la batalla de Corignoles se prendió fuego el almacén de pólvora de los españoles: su general, Gonzalo Fernandez de Córdoba, temiendo que éste accidente asustase á las tropas, exclamò: *sin duda venceremos; el cielo se ilumina por nuestra victoria.* Si al contrario, el suceso que sobreviene dà un presagio favorable, conviene hacerle notar al exército, aun quando no lo hubiese reparado. Alfonso VIII, rey de Castilla, poco antes de la batalla de las Navas de Tolosa, notò en el cielo dos nubes encarna-

das, que formaban cruz: las hizo al momento reparar á sus soldados, diciendoles: *que esta señal los llamaba mas bien a vencer, que a combatir*; y consiguieron una completa victoria. Aunque algunos aconsejan que conviene citar sueños, aun quando no sean ciertos, yo no soy de ésta opinion; y creo que no se deben acreditar hasta éste punto las despreciables observaciones supersticiosas del vulgo. Tambien sucede, que durante la batalla ó antes de ella se pase al enemigo un gefe, un cuerpo de tropas; como lo hizo D. Opas en Guadalete; en cuya batalla pereció el rey D. Rodrigo. En éste caso conviene esparcir la noticia de que estas tropas se han pasado á los enemigos en cumplimiento de una

órdenes para que uniéndose a ellos durante la acción, introduzcan confusión en su ejército.

Después de tomadas las disposiciones que se crean convenientes, el general en jefe debe hablar á sus tropas poco antes de la acción, para que conserven una viva impresión de lo que ha dicho: debe recordarles sus victorias, y con especialidad las que han tenido contra la nación contra la qual van á pelear; para que llenos de ésta idea lisonjera, marchen á la acción con la confianza necesaria para vencer. Antes de la batalla de Arvela, Alexandro recordó á los suyos el paso del Granito, de las montañas de Cilicia, y su tránsito por Siria, y por Egipto: *los mismos persas vencidos, les dixo,*

*se es presentan; hoy solo toreis que vencer a fugitivos.*

Si el ejército enemigo, para quitar la subsistencia al propio, para enriquecerse con el pillage, ó porque sus tropas estan mal disciplinadas, saquea y quema el país; conviene que los soldados entiendan, que obrando asi los enemigos, demuestran que no esperan conservar mucho tiempo su posesion; porque si se lisongease de mantenerla, no lo habrian destruido; pues sin hacer éste mal sacarian mayor utilidad.

Pasando el general en gefe à lo largo de las líneas llamará por sus nombres à los oficiales que conozca, y les dirá en pocas palabras lo mucho que espera se distingan: esto animará su ardor, y los demas que

lo oigan tendrán desos de imitarlos y aun de excederlos. Se debe recordar à los soldados la mala fé que los enemigos han tenido en diversas ocasiones, y el rigoroso trato que han dado à sus prisioneros. En una palabra, se debe emplear todo lo que sea capaz de irritar al ejército: la cólera dà mucha fuerza, y es poca la que quitan las heridas.

Es muy útil representar à las tropas que su gloria, sus bienes, y la salvacion de sus familias son el premio de la victoria; que el enemigo, si fuese vencedor, penetraría en el pais; que sus provincias serian taladas, sobrecargados sus vecinos de contribuciones; sus mugeres, hijas, y hermanas expuestas à la licencia del conquistador; y que sus padres,

sus amigos, su patria, sus leyes esperaban los gloriosos efectos de su valor y de su constancia.

El nombre del gobierno se prometió la mayor asistencia à las familias de los que fueren muertos ó heridos en la accion: desanima muchas veces à los soldados el pensar, que, si ellos mueren, dexan à sus hijos en la miseria. Diodoro, hablando de las promesas que los de Rhodas hicieron à sus tropas, quando ésta plaza fué sitiada por Demetrio Poliorcetes, dice, que se estableció, que se diese sepultura à los que muriesen en ésta guerra, que sus padres y sus hijos fuesen mantenidos, sus hijas dotadas à expensas del público, y sus hijos menores coronados en el teatro en las fiestas de

Baco.

Tambien conviene prevenir á las tropas, que puede ser que los enemigos hayan conseguido introducir algunos de su partido en el exército, los que para confundirlos y desordenarlos, gritarán en medio de la accion, *que nos cortan*; pero que á pesar de semejantes voces no deben hacer otros movimientos que los mandados, aun quando viesen la retirada de algunos cuerpos bien ó mal ordenados; porque hay algunos regimientos con instrucciones secretas para fingir la huida, con el objeto de engañar á los enemigos. Esta precaucion impedirá que el exército pierda el valor con sucesos que pueden sobrevenir, y que le intimidarian tal vez no estando prevenido.

En la batalla de Almansa los enemigos empezaron á desordenar uno de los costados de la primera línea del ejército español: las tropas de la segunda quisieron entonces adelantarse; pero Mr. de Asfeld, que la mandaba, dixo, que este movimiento de la primera línea se hacia por órden expresa: detuvo así á los suyos para llevarlos despues al enemigo en momento mas favorable. Esta sábia conducta, segun el modo de pensar de oficiales muy hábiles, contribuyó mucho á la victoria que ganó el ejército de las dos coronas mandado por el duque de Berwick.

Se dirá que estas arengas ya no se usan: mas con todo, se encuentran algunos exemplos en la historia moderna. En 1706, Felipe V,

visado que su ejército se disminuía por la desercion, y que estaba extremadamente amilanado por el triste estado en que le ponía el abandono del sitio de Barcelona, la pérdida de Alcántara, de Ciudad Rodrigo, el levantamiento de Aragon, de Valencia, y de Cataluña, le hizo un discurso muy corto, pero muy expresivo: desde éste dia la desercion se cortó enteramente; la esperanza y el valor sucedieron al abatimiento; y se conoció por las lágrimas de los oficiales y de los soldados, quanto habian enternecido sus corazones y reanimado su fidelidad estas palabras del príncipe.

Aunque ya no se acostumbra, conviene algunas veces usar de éste poderoso específico; pero por lo mis-

mo que tiene tanta fuerza, es necesario no disminuirla, empleandole tanto en las acciones pequeñas, como en las de grande importancia; es preciso conocer, que si en aquellas no conviene, en éstas sirve.

Todos los pueblos han invocado á sus dioses antes de combatir, muchos se han lisongeado de que sus plegarias han producido el buen efecto que ellos esperaban. Pero habiendo establecido leyes el Altísimo para el gobierno del mundo, no es de creer que quiera alterarlas todos los dias con milagros. Dexa obrar á las causas segundas que tienen la mayor parte en el suceso feliz ó desgraciado de todas las empresas. *A Dios rogando, y con el mazo dando,* dice un proverbio español: ó lo que

es lo mismo, hacer oracion al Dios de los exércitos, y usar de la precaucion, la prudencia y la actividad que dió al hombre: empleandolas, se obedee á su divina Magestad. Judas Macabeo, despues de impiorar los socorros divinos contra Nicanor, esperaba la victoria del valor de sus tropas. Invocaron al Señor con mucha piedad, dice la Eseritura; pero al mismo tiempo se servian de toda la fuerza de sus brazos para pelear con vigor, y en esta accion mataron treinta y cinco mil enemigos.

He asentado que el general en jefe, despues de colocadas sus tropas, y tomadas sus disposiciones, se coloque hácia el centro delante de la segunda línea. Si hubiese, no obs-

tañte, á corta distancia alguna altura desde donde pudiese mejor observar lo que pasa en los dos ejércitos; y dar bien las órdenes necesarias; prefiero este punto ventajoso, que teniendo estas circunstancias, le libertará ademas de los mayores peligros. Si el general exponiéndose voluntariamente, es muerto ó hecho prisionero, el ejército sin jefe viene á ser un monstruo de muchas cabezas: mientras se extiende la desgracia acaccida, nadie manda; á poco rato de haberse extendido, todos dan órdenes; la noticia no puede dexar de saberse; porque el ruido de la caída es proporcionado á la altura del edificio que viene á baxo: las tropas propias pierden el valor, y las de los enemigos le re-

cobran.

Si el general en jefe se ve obligado à dexar su puesto, porque su presencia es absolutamente necesaria en otra parte, dexará allí al mariscal de campo de reserva, ó al mayor general, para dar las órdenes que él haya prevenido; pues à este parage deben dirigir à sus comisionados los jefes de las líneas, para que no haya el menor atraso en la execucion de ellas. Si desde el parage en donde está viese el general que las tropas necesitan su presencia, sea para atacar con vigor, sea para sostener el choque con firmeza, debe ponerse à su cabeza, y animarlas con su exemplo y palabras; no debe cuidar de su propia seguridad, y evitar peligros ordinarios; si-

no para exponerse á otros mayores, quando el bien del exército lo pide. Es la ocasión de pensar, que la muerte llega tarde ó temprano, y que un fin glorioso es envidiable. El último momento decide de larguísima vida. Bonnyet, general del exército de Francisco I.º, viendo que se perdió la batalla de Pavia, que se habia dado por consejo suyo, quiso mas morir peleando, que salvar su vida huyendo.

Este exemplo dá noticia de lo que no pretendo aconsejar en todas las ocasiones. No se debe imitar al que para enderezar la hoja de una espada, la pisa con tanta fuerza que la tuere por el otro lado, ó la rompa. Quando digo que se deben evitar los menores peligros para exponerse

á otros de mayor tamaño, debe entenderse, quando de exponerse el general en gefe deba resultar la victoria, ó hacerla funesta al enemigo. Es falso y dañoso el honor que se hace consistir en perecer por no sobrevivir á la derrota: á ésta conducta le faltaria juicio, heroismo, y religion: se mostrará mayor firmeza, valor y amor á la pátria, si despues de experimentada suerte contraria en la batalla, se conserva el general para disminuir la pérdida de su ejército, y el destrozo de sus soldados en la retirada.

He dicho ya que todo movimiento considerable á la vista de los enemigos es siempre peligroso. También he dicho que las reservas pueden servir para evitarlos on gran

parte. No obstante, si los enemigos, por una marcha secreta, viniesen en línea con el fin de atacar al ejército por un costado; entonces es absolutamente necesario conversar. Puede suceder también, que no habiendo reconocido el terreno, sino poco antes de la acción, el general se vea forzado á cambiar una parte de su orden de batalla, con respecto al terreno, ó relativamente al orden de batalla del ejército enemigo. En este caso se deben hacer los movimientos con mucho silencio y orden; si nó se animaría al enemigo, que viendo á los soldados turbados en la evolucion, los creería atemorizados, ó los despreciaría como tropas mal disciplinadas.

Si el ejército es inferior en infan-

teria y caballeria, conviene hacer todo lo posible para terminar pronto la accion; si dura mucho, los enemigos mudarán continuamente con tropas frescas á las que esten cansadas; y el de menor número se verá precisado á ceder por su cansancio, y la disminucion de su gente por muertes y heridas. Cortés en la batalla de Otumba se vió atacado por infinito número de mexicanos, que le oponian sucesivamente tropas nuevas. Viendo que el pequeño número de sus soldados, no podia resistir un trabajo continuo, tomó la generosa resolucion de derrotar á los que llevaban el estandarte de México: lo consiguió, y su presa dió la victoria á los españoles. La misma razon aconseja que alargue el comba-

te el que tiene mayor número de tropas.

Si el que manda las tropas las tuviese formadas con mas fondo que el enemigo, sea porque el terreno demasiado limitado le imposibilite extender su frente, sea porque su nacion tenga costumbre de pelear en este órden; conviene que llegue à las manos quanto antes pueda. Un ejército formado así, y que tarda en llegar al enemigo se expondrá mucho al fuego de su artilleria; en lugar de que, si se aprovecha pronto del arma blanca, se puede asegurar que ocho hombres seguidos, ó, por mejor decir, empujados uno por otro, romperán la línea enemiga, en donde encuentren menor fondo; y aun quando una parte de los soldados, des-

pues de haber roto la línea enemiga, haga un cuarto de conversión hácia la derecha y la izquierda, para ofenderla por los flancos, quedará suficiente fondo para oponerse de frente á la segunda línea enemiga.

La infantería no debe atacar con paso demasiado precipitado. La emoción que entonces experimenta el soldado no dexa dirección á su puntería; hace que se comprendan mal las órdenes, y se desalienta quando es preciso retirarse ó perseguir al enemigo. En una marcha precipitada se expone un ejército á alterar su orden: si es necesario adelantarse prontamente para tomar posesion de un puesto ventajoso, ó para llegar á las manos con los enemigos,

conviene hacer alto á corta distancia; y volviendo despues á marchar, quando esté muy cerca, atacarle á la carrera, para aturdirle é intimidarle por la precipitacion: su sorpresa y su terror haràn sus tiros menos ciertos. Por otra parte no es facil atinar á quien se mueve mucho; y aunque se cree que ningun tiro se desperdicia contra gran número, es necesario convenir en que basta elevar ó baxar un poco la direccion del tiro, para no aprovecharlo. En la batalla de Farsalia el ejército de Cesar caminó mucho para atacar al de Pompeyo, quien le esperaba á pie firme, lisongeandose en que los de Cesar llegarían cansados y en desórden. Pero quando éste vió que estaba cerca de los ene-

amigos, detuvo sus tropas : y quando creyò que habian ya descansado, las dirigió à carrera contra el enemigo.

Observando gran cuidado los oficiales para que sus compañías lleven quanto órden es imaginable en la marcha precipitada, conviene que suenen los tambores, los pífanos, las trompetas, y demas instrumentos músicos que haya : éste ruido anima á los soldados; porque la armonía de los instrumentos, ocupando la atencion hace que se piensa menos en el peligro; ó por que las sonatas guerreras no sé qué tienen de marcial, que nos electrizan y aumentan nuestro valor. Quinto Curcio refiere, que Alexandro se ponía melancolico quando la música era tierna; y parecia transportado de

nuevo ardor quando oía la guerra.  
ra.

Conviene reemplazar en las alas á los que el enemigo haya inutilizado; generalmente el estado de ellas contribuye á la pérdida ó á la ganancia de las batallas. En la de Maraton, los costados solos del ejército de los persas fueron al principio derrotados, y el centro de los atenienses fué tambien batido. No obstante los persas perdieron la batalla, porque Alcibiades, habiendo dexado huir á los persas á quienes batió en las alas, llevó todas sus tropas contra el centro de los enemigos que habia roto el de los atenienses; y los persas ya victoriosos no pudieron resistir, quando Alcibiades los atacó por el frente, flanco, y

espalda. Asi nunca es demasiado el cuidado, para evitar durante el combate, que una tropa de los enemigos por corto que sea su número venga á atacar el flanco ó la reserva: porque el menor ruido inesperado, que se oye por la espalda, intimida y desordena á quien pelca de frente. Para evitar esto, conviene colocar algunos esquadrones en disposicion de oponerse á quien viniese á sorprender los costados ó la reserva.

Si se observase mientras dura la accion que los enemigos sacan alguna porcion de tropas de una parte de sus líneas para reforzar otra; se debe atacar con ímpetu el parage de donde han salido, luego que esten algo alejadas, y antes que hayan

so corrido al parage á donde ván, de modo que no tengan tiempo para volver á donde estaban: con ésta conducta se las dexará sin servicio útil; porque mientras que se mueven, no sirven en el parage de donde han salido, ni en aquel á donde son destinadas.

Si alguna parte del ejército ha derrotado otra de los enemigos, se debe, sin perder momento, extender la noticia por toda la línea, y el general en gefe, á quien se la llevará un oficial, que pueda detallarle las circunstancias de éste suceso dichoso, le pondrá por sus informes en estado de dar las órdenes necesarias.

En 1710 en la batalla de Villaviciosa el ala que mandaba el duque de Vandema fué derrotada: éste ge-

ñeral, creyendo que todo el ejército español había sufrido la misma suerte, se retiró á Torija: por los partes reiterados que el conde de Aguilar y el marqués de Valdecañas enviaron á Felipe V, mandó éste volver á Vandoma con las tropas que se había llevado. Si los dos generales españoles no hubiesen avisado lo que pasaba, la batalla se hubiera perdido; porque el general enemigo conservò en aquella noche el campo: al dia siguiente si lo hubiese visto sin tropas españolas, se hubiera detenido, para asegurar la victoria.

Quando todo el ejército enemigo, ò parte de él cede sin necesidad visible, y se retira hácia un parage difícil, conviene no perseguirle, sino

con mucha circunspeccion: ésta retirada fingida puede llevar al perseguidor á una emboscada en donde sea atacado con ventaja; porque, persiguiendo casi siempre, se desordena el orden necesario. Tambien puede ser que quieran los enemigos atraer á sus contrarios á un parage que, siendo favorable á la especie de las tropas de aquellos, á su número, ó á su modo de pelear; sería peligroso para los otros por éstas circunstancias casi siempre decisivas en el resultado de las batallas. Pero si el camino por donde los enemigos se retiran, mientras que el combate parece indeciso, es llano y descubierto, se debe presumir que sus municiones se váan acabando, ó que tienen noticia de que en la batalla tienen

desventajas en otro parage de la línea: en este caso conviene atacarlos con el mayor ímpetu para aumentar su terror, con el que no podrán volverse á ordenar. En una y otra de estas circunstancias, el general en jefe debe instruir à su ejército de las conjeturas favorables, en que funda el desaliento de los enemigos.

Si mientras la accion, algunos cuerpos enemigos abandonan el campo, que los persiga la caballeria, sin darles tiempo para que se retiren; pero que sea en mucho menor número que el de los fugitivos; pues podría ser necesaria en el ejército, en caso de que el grueso de los enemigos se mantuviese todavía. Después de enviado el destacamento conveniente en persecucion de los

enemigos, el vacío que estos hayan dexado, proporcionará lugar favorable, para que ataquen los regimientos que estén á su frente, y haciendo los cuartos de conversión que he prevenido hácia la derecha y la izquierda, intenten derrotar por el flanco á los enemigos, que se mantienen firmes, que al mismo tiempo serán forzados por las tropas que tienen en frente.

Quando ya no hay que temer que los enemigos disputen la victoria, los oficiales prevendrán que no se mate, se hiera, ni aun se insulte á los vencidos. El honor, el cristianismo, el interés, la verdadera política exigen un tratamiento humano para los prisioneros. Si á pesar de éstas precauciones algunos soldados

faltan à su deber, el general en jefe debe hacerlos pasar por las armas inmediatamente; porque no venga á ser despues imposible el castigo; pues el número de culpables se aumentará, á proporcion que se les disimulen sus faltas.

He dicho como debe conducirse un general de ejército quando la batalla le parece medio ganada: veamos lo que debe haer quando la cree medio perdida; pero exâminemos antes por qué medios puede saber con prontitud todo lo que pasa.

El jefe de tropas derrotadas dará parte al general del partido que toma, y del parage que ha escogido para hacer su retirada; para que instruido del todo, tome las medidas convenientes. Si los enemigos

(163.)

derrotan uno de los costados del ejército, el otro costado y el centro deben redoblar sus esfuerzos en el ataque, para derrotar á los enemigos antes que teniendo la noticia se aprovechen de ella, y consigan una victoria completa. Lo mismo digo quando sea derrotado el centro; entonces los costados deben atacar con el mayor vigor.

Si algunos generales, rompiendo el centro de los enemigos se adelantan inconsideradamente, se encierran entre las dos líneas, mientras que la primera sostiene el choque de frente contra los que no han conseguido deshacerla. Si el jefe de la tropa que consigue derrotar el centro de la primera línea tiene destreza, en lugar de adelantarse por la

brecha que ha abierto, mandará un cuarto de conversion hácia la derecha y la izquierda, para ofender por el flanco á las demas tropas que esten en la formacion de batalla en primera línea.

Las tropas destinadas á cerrar los interválos por donde deben pasar las de la primera, en caso de ser derrotada, los cerrarán inmediatamente que se haya verificado este paso; para que ningun cuerpo de los enemigos pueda introducirse por ellos. Ya he dicho en que ocurrencias hay obligacion de arriesgar el todo por el todo. El general en gefo irá de un regimiento á otro, para persuadir á su tropa que hay mas peligro en huir, que en defenderse, haciendola presente la verguenza

de que la cubrirá su ignorancia, si no sostiene su puesto. Si consigue hacer que sus tropas se mantengan firmes, habrá empleado el recurso mas cierto. El enemigo considerándose ya vencedor, por disciplinado que éste, se desordenará para robar y para perseguir, sin pensar que todavía puede ser vencido. Es verdad que es muy difícil que el exemplo y las persuasiones sean capaces de contener á los fugitivos; pero con todo, algunas veces se consigue. Uno de los medios para conseguirlo es representar á los soldados, quan facil es vencer al que se desarregla para robar, y persigue sin órden.

Si el general en gefe quando se conceptua obligado á meterse en lo ardiente de la accion, recibe alguna

herida que le obligue à retirarse, debe fingir que se retira para dar órdenes en otro parage, y hacer de modo que éste suceso sea ignorado, para evitar con éste ardid la confusion que se introduciría sabiendo su desgracia. Antes de retirarse debe encargarse al general que le sigue la conducta de la batalla; pero si el mas antiguo del ejército no tuviese el talento necesario, para la execucion debida, se la encargará à otro prefiriendo el mas habil y mas experimentado.

En el momento que el generalísimo haya muerto, ó se vea obligado à retirarse por haberle herido, sus ayudantes de campo se dirigirán à quien tome el mando, le dirán en secreto la desgracia sucedida al pri-

mero, y espareirán entre las tropas vecinas la voz de que han tenido órden de esperarle en aquel parage. El general que suceda al que ha sido muerto ó herido, distribuirá sus órdenes en nombre del otro; pues así serán mejor obedecidas, y se evitará que se divulgue la desgracia acaecida al gefe principal.

Quando un pais en donde se ha vencido es tan descubierta, que no se puede temer emboscada, y el dia demuestra que los enemigos estan bastante lejos, porque empezaron su retirada de noche, conviene destacar la caballeria para retardarse-la en los pasos dificiles, mientras que lo demas del ejército la sigue en buen órden. Si los enemigos en su retirada tienen que pasar desfi-

laderos, la caballería que los sigue debe llevar infantería a la grupa, con el fin de dexarla en un puesto ventajoso; para que si los enemigos hacen frente à la caballería pueda esta retirarse, y ser sostenida por su infantería. Esta debe estar oculta, para que los enemigos, que no la han podido descubrir de lejos, ataquen à la caballería, sin todas las precauciones relativas à la especie, número de tropas, y al peligro de adelantarse demasiado. La infantería llevada en las grupas servirá también para desalojar algun destacamento de dragones que esté en la retaguardia, y se mantenga firme à la entrada de un desfiladero, mientras que el resto del ejército enemigo continúe su retirada.

Los que persiguen al enemigo de noche deben hacer el menor ruido posible, no llevar nada encendido, que le indique el camino por donde van; y si le alcanzasen, deben mantenerse firmes, sin atacarle, hasta que por el aviso que se ha debido inmediatamente enviar al ejército, vengan las tropas necesarias, para conseguirlo con facilidad.

Un ejército victorioso puede ser derrotado facilmente si se desordena para el robo; y lo será inevitablemente, si los enemigos no estan lejos, y conservan algunos cuerpos ordenados. Aun quando haya gran confusion, si el vencedor se desordena por el deseo de alcanzar á los fugitivos; estos podrian reunirse mas pronto que él, y vencerle, principal-

mente si sus tropas tienen armas mas ligeras. No obstante, conviene destacar algunos esquadrones de caballeria ligera , para no dexar á los enemigos el tiempo de reunirse; pero sostenidos por otros esquadrones, que se adelantarán en buen orden, seguidos de toda la infanteria y caballeria en el orden en que han conseguido la victoria.

Si es grueso el cuerpo enemigo que se retira por bosques y montañas, no basta que el destacamento destinado para incomodarle en su retaguardia marche en buen orden, y no se adelante demasiado; es preciso que hácia el frente y los costados lleve batidores , sostenidos por pequeñas partidas, para dar aviso luego que descubran algunos ene-

migos. En este caso es indispensable reconocerlos antes de comprometerse en terreno peligroso.

Onoxandro enseña, que si un buen general debe reanimar á sus soldados sobrecegados de temor, debe contener tambien su excesiva confianza; para que una aprehension moderada ocasionc en ellos el cuidado necesario. Salustio dice, que Mario no tuvo nunca mayor vigilancia, que la noche siguiente al dia en que derrotó á Jugurtha.

Luego que las tropas victoriosas esten reunidas, conviene que el general les demuestre su agradecimiento, y les de la primera y mas lisonjera de las recompensas; los aplausos que merecen. Hará una expresion particular á los que se

hayan distinguido en la accion, para que éste exemplo excite à los demas á no contentarse en otra ocasion con cumplir simplemente con su deber.

Para evitar la infeccion del ayre, y que cause enfermedades, luego que se haya ganado la batalla, el general debe dar la órden de que todos los paisanos de los lugares vecinos vengan con los instrumentos necesarios para enterrar los cadáveres y los caballos; debe cuidar de la vigilancia de los encargados de esto, con el fin de que los fosos sean profundos; para que poniendo mucha tierra, los perros, los cochinos, ni los lobos no puedan desenterrarlos, y que el ayre no haga percibir la fetidez que traeria, pasando por encima de cuerpos muertos.

Seria grande ignorancia mirar las tropas como inútiles durante la paz; y aconsejar quitarles los privilegios y las exenciones de que gozan mientras la guerra. Con esto lejos de estimular á los paisanos á que abrazasen el oficio de las armas, se inspiraria á los soldados la gana de dexar de serlo. Si no gozasen en el servicio militar mayor distincion, preferirian su primer estado, en el que se cansarian menos, y ganarian mas. Es muy ventajoso conservar en la paz mas tropas que las necesarias para las guarniciones de plazas; pero para no dar lugar á los vicios que trae consigo la ociosidad, se las debe ocupar durante la paz en trabajos que tengan relacion con el arte que profesan. Se puede emplear

à los que no esten de guarnicion; en las fortificaciones de las plazas ó en otro útil servicio de la pátria. Entonces se les dará ademas del pan y prest, el tercio de lo que ganan los demas trabajadores; porque la pátria no paga al soldado solo para pelear, sino tambien para todo lo que tenga relacion con la seguridad del estado.

De todo lo dicho resulta que el general en gefe de un exército conviene que tenga la robustez necesaria para resistir los trabajos de la guerra; debe acostumbrarse á beber malas aguas, á vivir á la inclemencia, á sufrir continuas agitaciones; asi podrá animar al soldado con su exemplo; pues el buen exemplo del gefe es lo que mas eficazmente obra

en él. Debe recorrer las guardias y fortificaciones, reconocer el terreno, y hacer marchas á pie para animar y conducir al ejército. Conviene que tenga viveza de ingenio, pues en la guerra las horas, y aun los minutos perdidos son irroparables.

La principal calidad necesaria á un general es mucho conocimiento del arte de la guerra, adquirido por la aplicacion y la experiencia: ésta no se adquiere en los libros, sino en campaña ; lejos de los placeres, expuesto á las privaciones y á la inclemencia, en medio del ruido de las armas.

Los grandes capitanes, y entre ellos nuestro insigne y modesto Cortés, aprendieron el arte de la guerra pasando trabajos y miserias, y no

en el ceño de las ciudades, luciendo el bello uniforme, y las modales afeminadas en los estrados.

A todo hombre le es necesaria la virtud moral; pero mas particularmente á quien mande un ejército. La fuerza ò vigor de ánimo es la virtud propia del militar, y debe poseerla en sumo grado el general, y enseñarla al soldado mas con su exemplo, que con sus palabras. La serenidad es parte de este vigor del ánimo, y una de las primeras calidades que debe tener el general, para observar y dar sus órdenes sin alterarse en ningun caso. Necesita tambien del vigor del ánimo, para no impacientarse por las calumnias à que le expondrán las asechanzas de los enemigos, la ignorancia de

los que ven las cosas solo por encima, las rivalidades de los de su clase, ó la necesidad de echarle la culpa que tienen, á fin de justificarse; la enemistad de los partidos, las intrigas de córte, y los descontentos que precisamente ha de haber en su ejército. Pero él solo debe contentarse con la estimacion propia, que le merecerà su buena conducta; pues esta estimacion es la mejor recompensa del hombre virtuoso. Fabio Máximo no se asombra de las opiniones de muchos del pueblo, ni César de la de sus enemigos, ni el gran Capitan de la murmuracion de sus soldados, y finalmente, ni los apóstoles, que fueron caudillos insignes en la santa causa de la religion, de la persecucion de los im-

píos. El general que cumple con su obligación logrará al fin, á pesar de los detractores de su mérito, el aplauso de los buenos, que es la verdadera gloria de los que han merecido de la pátria. A semejante hombre debe sostener y apoyarle en todo trance, el gobierno que le haya empleado, pues, por decirlo así, hace á su país abandono de sus intereses y vida, y ademas el que manda un ejército ha de tener el espíritu libre de todo cuidado ageno de su mando, para dedicarse á él enteramente.

Todos los gefes no tienen la grandeza de ánimo é igualdad de genio que Fabio Máximo para oír con indiferencia las murmuraciones. ¡Qué poco se le parecen algunos que en

nuestros dias, olvidados del bien de la pátria y aun de su reputacion, el tiempo que debian haber empleado en servirla, lo han empleado en atribuir sus faltas á otros, ò al gobierno, quienes para sincerarse publican órdenes reservadas, y los defectos del ejército, dando pábulo á la discordia, en una época en que la union de las voluntades es tan necesaria á la santa causa que defiende la nacion mas heróica del universo!

La union y el órden originan el buen resultado de lo que se emprende : para esto debe haber ciencia en el que mande, pues ella, como dice Montecuculi, quita á la fortuna el éxito de la guerra, y solo dá à la razon.

*FIN.*



*Fe de erratas.*

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
28	10	lo qaantas:	quantas.
28	16	cosus:	cosas.
39	12	eentro:	centro.
66	20	vietoria:	victoria.
77	5	algun espia:	algunos es- pías.
88	4	aertara:	acertara.
91	20	e:	el.
117	14	psra:	para.
119	10	podia:	podrá.
175	4	conducir:	conducir.

